

GUERRA DEL PACÍFICO

LA BATALLA DE TARAPACA

(27 de Noviembre de 1879)

REMINISCENCIAS HISTÓRICAS

SOBRE LA VERDAD DE LO OCURRIDO EN ESTA MEMORABLE

ACCIÓN DE GUERRA

TRABAJO DEDICADO

AL EX – CORONEL DE EJÉRCITO

DON JORJE WOOD ARELLANO

POR

FERNANDO IBARRA

ANGOL
IMPRESA DE “EL COLONO”
CALLE DE IMPERIAL, N°. 22A
1 8 9 5

AL SEÑOR DON JORJE WOOD ABELLANO,

EX-CORONEL DEL EJÉRCITO DE CHILE

Ya que nos hemos impuesto la tarea de hacer completa luz sobre uno de los más terribles episodios de la guerra del Pacífico, nos haremos un deber en dedicar el presente opúsculo al benemérito Jefe que, en tan dolorosa jornada, tanto trabajó por la gloria de nuestras armas.

EL AUTOR.

INTRODUCCIÓN

Han transcurrido ya dieciséis años desde que se inició la fratricida contienda entre tres naciones hermanas, denominada la guerra del Pacífico, lucha prolongada en que, ventilándose los derechos al resplandor de las armas, pagaron los pueblos con largueza los errores de sus gobiernos.

La obstinación con que se llevó á efecto durante varios años, especialmente entre Chile y el Perú, las cuantiosas riquezas perdidas y el lago de sangre derramada, hicieron que esta guerra se atrajese la admiración universal.

Fué, no obstante, un motivo de orgullo para las demás naciones sud-americanas la virilidad de que dos países hermanos, por tradición y por origen, dieron muestras en los campos de batalla y en la tenaz resistencia á las fuerzas invasoras.

Hoy día, cuando ya se han enfriado los rencores de pueblos y gobiernos, marchando todos unidos por el sendero de la concordia, donde fructifica el progreso, va acercándose el momento de la justicia histórica, del fallo inapelable que deslinda las responsabilidades y prepara las enseñanzas de la posteridad.

Se han acallado las pasiones momentáneas, se han enfriado las cenizas de los héroes y todo augura una era de paz no interrumpida.

Los manes de los denodados combatientes reciben el tributo del acendrado cariño de sus conciudadanos, y su recuerdo existe grabado en el corazón de todos los chilenos como en el panteón épico de la inmortalidad.

Por una inconcebible fatalidad, la existencia de los ilustres guerreros que han escrito las páginas más gloriosas de la historia militar de nuestro país, ha sido corta, tan corta que gran número de ellos han bajado á la tumba poco después de la victoria, á causa generalmente de las fatigas y penalidades de la vida de campaña.

Fruto de esta deplorable circunstancia, que priva á la patria de sus más esclarecidos veteranos, es el acercamiento más pronunciado de la justicia póstuma.

El grande historiador que ha de asombrar á las generaciones venideras con la narración verídica é imparcial de los grandes hechos militares de la guerra comenzada en 1879, no ha nacido todavía.

Existen á la fecha obras y recopilaciones más ó ménos completas, confeccionadas por eruditos escritores, pero cuyo valor solo podrá ser apreciado en el porvenir como fuente de informaciones preciosas para los

historiadores futuros; en la actualidad esos trabajos se resienten de algunas deficiencias, á causa de la época contemporánea en que se dieron á luz, de la falta de datos precisos, de la oscuridad de detalles importantes que influencias de familia ó de círculo tratan en lo posible de conservar en la penumbra, y de la parcialidad bien intencionada é inevitable en que incurre el escritor que ha presenciado los sucesos que relata, ó que ha tomado en ellos parte más ó menos activa.

En virtud, pues, de las reflexiones precedentes, todo aquello que tienda á hacer imposibles las controversias del porvenir sobre puntos de historia nacional, constituirá un verdadero servicio, puesto que ahora, cuando relativamente está fresca la memoria de los acontecimientos, es oportunidad de dejar el mayor número de luces é informes.

Entre los sucesos más culminantes del drama del Pacífico, ninguno como la batalla de Tarapacá se ha prestado á más críticas, dudas y variadas impresiones; por eso, urge rectificar muchos incidentes que ahora yacen disfrazados, y hacer públicos otros que están rodeados de la más profunda oscuridad, á fin de que pueda aducirse una opinión imparcial sobre la exactitud del boletín oficial de dicha batalla.

Esta es la tarea que nos hemos impuesto, para lo cual contamos con informaciones del todo desconocidas, proporcionadas por varios distinguidos y valientes jefes del ejército, que fueron actores en aquella jornada, y que hasta ahora no habían entregado al dominio público por imprescindibles consideraciones de subordinación militar.

Deseamos que este trabajo despierte el interés general, sobre todo cuando todavía existen muchos sobrevivientes del combate de Tarapacá, que podrán confirmar los nuevos detalles, á fin que se disipen las sombras que por largos años han envuelto, una de las operaciones bélicas más desatinadas que registran los anales militares del país.

Capítulo I

Preliminares de la batalla.- Falta de concentración de la división expedicionaria.
Impericia de su jefe.

Después de la gran batalla de Dolores, ocurrida el 19 de Noviembre de 1879, y en que fué batido el ejército peruano, las tropas expedicionarias de la provincia de Tarapacá se detuvieron por algunos días en la aguada de aquel nombre, al mando del general en jefe don Erasmo Escala.

Esta inacción, que tan funesta podía ser para nuestras armas, fué interrumpida por la noticia de la rendición discrecional de Iquique tres días después de la batalla.

Pero después de este combate, ocurrióse al siempre emprendedor comandante don José Francisco Vergara, la desgraciada idea de expedicionar sobre el pueblo de Tarapacá, para *encerrar* allí al enemigo, que iba en retirada después de su descalabro de Dolores. Comunicada esta idea al coronel don Luis Arteaga en Santa Catalina, fué inmediatamente acogida con manifiesta alegría y atolondramiento, tanto por este jefe como por todos los demás que de él dependían en la división que recientemente se le había confiado. Quizás creyeron obtener un fácil triunfo que, junto con aniquilar los últimos restos del enemigo, les cubriese de gloria y les facilitase el camino de los ascensos.

El comandante Vergara había enviado con aquel propósito á su ayudante el capitán don Emilio Gana que debía, en seguida, adelantarse hasta el cuartel general de Dolores á solicitar la venia del general en jefe.

A este punto llegó en el desempeño de su misión el capitán Gana el día 25, y si ligeros fueron los de Santa Catalina para acoger el proyecto de la famosa *encerrona*, no lo fué ménos el siempre complaciente general Escala, quien, sin estudiarlo ni poco ni mucho, dió sin vacilar su asentimiento, al mismo tiempo que exclamaba : “¡ A qué se van á meter allá donde el diablo perdió el poncho ¡”

Estas palabras del general Escala se prestan á una doble conjetura: en primer lugar se colige de ellas que no se le escapaba el peligro que iban á arrostrar algunos de sus tercios; y, en seguida, se desprende que olvidaba lamentablemente las responsabilidades de su alto puesto. Esto último conviene que se tenga presente, para que se cargue á su cuenta la parte no

despreciable de culpa que le corresponde en la liquidación de las consecuencias de esa inconsulta operación de guerra.

No obstante, parece que después meditaría el caso maduramente, ó tomaría más á lo serio aquello del *poncho del diablo*, porque resolvió engrosar la partida, avanzada ya, del comandante Vergara, con toda la demás fuerza disponible de la división del coronel Arteaga, y así lo dispuso por telégrafo, encargando el mando de toda la fuerza expedicionaria á este último jefe.

En el momento de despachar á Gana, el general Escala llamó á uno de sus mejores ayudantes de campo, el mayor don Jorje Wood, y le ordenó acompañara á la expedición en el mismo carácter ante el comandante Vergara, á quien lo enviaba como un auxiliar de toda su confianza. De esta manera, fué como á uno de los jefes más meritorios se le destinó á figurar en la división, encontrándose hasta el fin de la campaña, donde se distinguió por su heroico comportamiento.

Las fuerzas expedicionarias estaban compuestas de los siguientes cuerpos:

Zapadores, al mando del comandante don Ricardo Santa Cruz.

Chacabuco, de don Domingo Toro Herrera.

2.º de línea, de don Eleuterio Ramirez.

Artillería, de don Exequiel Fuentes.

Caballería, de don José Francisco Vergara.

Figuraban en ellas oficiales de nombradía por su valor, como los siguientes:

Tenientes coroneles, señores Bartolomé Vivar y Maximiano Benavides; sarjento mayor, señor Jorje Wood; capitanes, señores Abel Garretón, Santiago Faz, Rodolfo Villagrán, Emilio Gana y Miguel Moscoso, y otros muchos que sería largo enumerar.

Bien sabido es ya lo que aconteció en aquella penosísima travesía por el desierto, desde Santa Catalina al campo de batalla de Tarapacá, y cómo, después de vagar á ciegas por la estensa y áspera llanura del Tamarugal, la diminuta y maltratada división chilena se arrastró jadeante por la altiplanicie que domina la profunda quebrada para ir á descender ésta por tres puntos apartados, según se había acordado en el campamento de Isluga, en la noche del 26.

Se celebró este consejo de jefes con mucho sigilo, en una choza subterránea, como lo son por lo regular las que en aquellos parajes improvisan los moradores para precaverse contra los efectos del sol, del frio y de las movibles arenas del desierto.

En la madrugada del 27 se notaba un completo desconcierto en las tres secciones en que la división se había fraccionado, al emprender el avance envuelta en densísima *camanchaca*. Diezmadas las tropas por la sed, el hambre y las fatigas de una marcha tan difícil, iban dejando tras de sí largos surcos de rezagados y moribundos, al paso que los jefes respectivos se dirigían á su destino con manifiesta perplejidad, ignorantes de la posición del enemigo, de su fuerza y de la topografía del campo de operaciones.

El comandante Santa Cruz, que debió apartarse desfilando por la diagonal desde el punto de partida de la división para caer perpendicularmente sobre el caserío de Quillahuaza, por la senda de Caranga, siguió su marcha en orden paralelo con la división del centro, que se dirigía rectamente en demanda del sendero de San Lorenzo para caer sobre el pueblo de Tarapacá.

El mayor Wood, que notó esta falsa dirección de Santa Cruz, corrió á prevenirse, con lo que este jefe tomó el rumbo verdadero; pero era ya tarde, por desgracia, porque para caer sobre Quillahuaza, érale forzoso girar bruscamente sobre su izquierda y seguir en esa nueva dirección paralelamente y casi bordeando la quebrada de Tarapacá.

Esta primera falta de Santa Cruz es inexcusable como lo son las demás en que ese día incurrió, y fué una de las causales de nuestra completa derrota en la última hora, porque dió lugar a que el enemigo se apercibiera de la aproximación de las fuerzas chilenas, y pudiera disponerse para asestarles el golpe de sorpresa que esperimentó entónces ese jefe, y que luego se hizo tan trascendental para toda la división.

Por el mismo estilo, más ó menos cegadas, marchaban las otras secciones.

Dada tan crítica situación, al jefe ménos experimentado en tácticas militar debió ocurrírsele el arbitrio de reconcentrar aquellas subdivisiones desparramadas en el desierto y veladas entre sí por densa *camanchaca*, miéntras podía obtenerse noticia exactas de la situación, fuerza y composición del enemigo, mediante un formal reconocimiento. Habían incurrido, además, en el estraño olvido de no enviar una partida en descubierto al emprender el avance, inesplicable omisión que sólo puede compararse á aquella de no establecer una fuerza de reserva al entrar en acción, como sucedió aquel mismo día.

La concentración, aconsejada por el más vulgar sentido común en aquellos momentos de duda, debió imponerse imperiosamente más tarde, cuando, creciendo el desconcierto y la fatiga entre los nuestros, se tuvo también conocimiento fidedigno de la abrumadora superioridad numérica de los peruanos, y de sus ventajosas condiciones en otros sentidos; pero no sucedió así, por desgracia, y las consecuencias no tardaron en dejarse sentir.

Mientras por la altiplanicie de Mintas avanzaban las fatigadas divisiones en penosísimo desfile, una partida de cazadores á caballo había descendido al valle por la cuesta de La Visagra, la que, divisando entre los arbolados algunos infelices labriegos de la comarca, que procuraban huir, después de mucho perseguirlos y de algunos disparos de carabina, capturó al fin á uno de ellos.

Luego fué éste conducido á la cima de la cuesta, é interrogado que fué por el Comandante en jefe, con los apremios del caso, declaró con evidente ingenuidad que el general Buendía, se hallaba con su cuartel general en el pueblo de Tarapacá, al frente de unos *ocho mil* hombres de los dispersos de la batalla de Dolores y los procedentes de la guarnición de Iquique, y que esta fuerza se engrosaba diariamente con los grupos que acudían á plegársele. Los ocho mil hombres estaban escalonados entre Tarapacá y Pachica, en un intermedio de dos leguas, Habiendo partido para este último punto unos *tres mil* hombres; por lo tanto, quedaban en Tarapacá *cinco mil*. No había ni caballería ni artillería. Concluyó protestando constarle todo esto de sus propias observaciones, y porque lo oía repetir de continuo á jefes y oficiales que en su casa tenía hospedados.

Terminada la declaración, fué el prisionero asegurado con estrecha vigilancia, porque debía responder con su cabeza de la verdad de todas sus aseveraciones, según anticipadamente se le había prevenido.

Difícilmente pudieran ser de mayor gravedad aquellas revelaciones en las circunstancias especiales en que eran hechas.

Ocho mil hombres era una cifra que alarmaba con razón. Porque si, bien después de la batalla se supo que era muy abultada, pues solo se presentaron en combate cinco mil, el desequilibrio numérico era el mismo, teniendo presente que por nuestra parte ya no teníamos los dos mil trescientos hombres que sacó de Santa Catalina el coronel Arteaga. De este número hay que descontar los rezagados y muertos que no alcanzaron á tomar el campo. En rigurosa verdad, no presentaríamos nosotros más de *mil ochocientos* hombres, fatigados y en desórden, contra los CINCO MIL, reposados, bien prevenidos y mejor dirigidos del enemigo.

¿Que hizo el coronel Arteaga en tan críticas circunstancias? Nada! absolutamente nada!

Escuchó con pasmosa impasibilidad la alarmante declaración del prisionero. Y mientras tanto, en esos mismos momentos seguían avanzando por la abrasada llanura, completamente cegadas, las secciones del centro y de la izquierda, ó sean las del coronel Arteaga y la de Santa Cruz, al paso que la de la derecha, comandada por don Eleuterio Ramirez, de gloriosa memoria, desfilaba en descenso hácia el profundo valle por La Visagra.

Se nos refiere que el mayor Wood, notando con verdadero asombro la apatía de su jefe, que desperdiciaba un tiempo precioso, aventuró sacarlo de su adormecimiento y le dijo con viveza:

“Ya vé Ud., señor coronel, vamos á batirnos hoy con unos ocho mil hombres”.

“¿Cómo así? Replicó”.

“El cautivo acaba de decirlo muy claramente. Tenemos, desde luego, en Tarapacá unos cinco mil hombres, para principiar, y si ya no están avisado y en marcha, que es muy posible lo esten, al primer estampido del cañon acudirán los tres mil restantes a tomar parte en la acción”.

“¿Y qué quiere Ud. que se haga?”

“Nada más natural, señor: debe contenerse inmediatamente el avance de las divisiones, concentrarlas y ocupar posiciones, defensivas en la altura, mientras se obtiene un refuerzo del cuartel general y puede reponerse de su fatiga toda la fuerza”.

Pero era muy poca cosa el señor Wood para dar consejo á todo un coronel, antiguo alumno de las aulas de Metz, quién, desdeñando tan salvadora advertencia, dejó seguir las cosas á su fatal y lógico desenlace.

El descalabro de Tarapacá, por mucho empeño que haya en bautizarlo de *retirada triunfar*, debióse, pues, á la terquedad del coronel Arteaga y nó, como se ha insinuado, á un acto de desobediencia del comandante Vergara para que regresara á plegársele, cuando se habia adelantado la víspera de la batalla, por que toda la división se halló reunida en el campamento de Isluga la noche del 26. A nadie le consta, además, que el coronel le hubiera significado á otra persona la idea de detenerse, ni que adoptara medida alguna para organizar convenientemente su división, antes ni después de llegar á ese punto.

A mayor abundamiento, hallándose prevenido desde muy temprano de que el enemigo contaba con una regular reserva de sus mejores tropas en Pachica, quizás ya en marcha, y que lógicamente debía presumirse se presentasen en el campo de batalla, á más de no adoptar por sí mismo determinación alguna, desoyó las sabias advertencias que se le hicieron para que hubiese podido empeñar la acción bajo condiciones de éxito.

Anteriormente se ha pretendido quitar al mayor Wood el mérito de su iniciativa en la concentración propuesta, que á él corresponde únicamente, y atribuirlo al comandante Vergara, cohonestándose su inejecución; inexactitud que debe rechazarse perentoriamente.

En los momentos de interrogarse al prisionero de Huaraciña, no se encontraba el comandante Vergara entre los que presenciaban el acto, y mal

pudo, por tanto, imponerse de sus declaraciones, para que hubiera podido, en virtud de ellas, emitir su opinión sobre la concentración de las tropas.

Tampoco se cambió una palabra entre los dos jefes sobre el asunto, cuando algo más tarde llegó Vergara acompañado de su ayudante el capitán Gana.

No ha sido, por lo mismo, bien informarlo el señor Vicuña Mackenna cuando, refiriéndose á aquel incidente, y aludiendo en particular á la declaración del prisionero, dice: “Palidecieron mirándose recíprocamente los dos jefes de la temeraria cruzada del desierto, delante de aquellas revelaciones que descorrían la tela de sus ilusiones y no les dejaban más camino para salvar sus nombres ante el país, el ejército y la historia, que el de ir á hacerse matar juntos con los que habían traído á morir, y, preciso es comprender, uno y otro, el coronel Arteaga y el comandante Vergara, mantuviéronse dentro de la lógica terrible de la terrible situación que ellos se crearon”. (Historia de la campaña de Tarapacá. T. II. páj. 1098.)

Esto es inexacto. Es cierto que á poco de presentarse el comandante Vergara en el paraje en que el coronel permanecía impassible viendo desfilar la sección de Ramirez, sorprendidos entonces y no antes, por las descargas de artillería del imprevisto choque de Santa Cruz con las fuerzas que diestramente vino á oponerle el coronel peruano Cáceres, manifestáronse muy turbados los dos jefes citados, porque la aterradora elocuencia del cañon les avisaba que los papeles se habían trocado por completo, siendo nosotros sorprendidos en fatal desconcierto por el enemigo que tan confiadamente íbamos á sorprender. Este es el hecho. Todo lo demás obedece al plan de defensa anticipada del cúmulo increíble de errores de aquel día, para cuyo plan ha servido sin duda alguna una carta y un interrogatorio, en que nos ocuparemos más adelante, enviados por el señor Wood al coronel Arteaga en el campamento de Santa Catalina.

Sigue así el señor Vicuña Mackenna: “Vínose, sin embargo, á la mente del primero (Vergara) que, aunque bisoño en cosas de guerra muéstrase casi siempre alerta, una idea salvadora pero que debió preceder una hora á la batalla (sic.), la idea de la concentración. Y clavando espuelas á su caballo, partió á galope por la pampa acompañado del ayudante don Emilio Gana, para ir á contener á Santa Cruz en su marcha hácia Quillahuaza.”

Analicemos este punto. De lo espuesto, y según ha sido informado el señor Vicuña Mackenna, parece, pues, hubiera sido en el momento de escucharse la declaración del prisionero de Huaraciña, cuando el comandante Vergara concibió la idea (que se le atribuye) de la concentración, por lo cual se fué al alcance de Santa Cruz para contenerlo.

Hemos desmentido el hecho, pues Vergara no presencié el incidente con el cautivo, y afirmado también que fué en el momento de oír el cañoneo de Quillahuaza cuando el comandante Vergara se desprendió del costado del coronel Arteaga. Sobre estas bases pasemos á discurrir.

Empeñado á la sazón Santa Cruz en un recio combate, ¿ era oportuno ir á contenerle ? Nó, por cierto, y antes, debió reforzársele sin pérdida de tiempo; y ésto, por si sólo, está evidenciando el hecho de que no se procedía obedeciendo á un plan de concentración acordado de manera alguna.

Pero suponiendo, por vía de argumento, que el comandante Vergara hubiera concebido la idea de la concentración, con la oportunidad que la propuso realmente el mayor Wood, ¿ cómo se esplica que antes de ir á ponerla en obra no comunicara tal idea al comandante en jefe de las fuerzas, allí presente, y que era naturalmente el único llamado á ordenarla?

Si se marchó al alcance de Santa Cruz para sujetarlo, ¿ cómo se esplica que mientras tanto el coronel Arteaga no contuviera á su vez á Ramirez, que en esos precisos instantes descendía al valle al alcance de su voz? Por qué abandonó su propia sección, la del centro, dejándola que á su vista y paciencia fuese también á estrellarse ciegamente contra un enemigo desconocido? Y en todo caso, cómo disculpar al coronel, por las consecuencias tan dolorosas de desdeñar tan saludable advertencia, no ya de uno, sino de dos jefes á quienes debió atender, al comandante Vergara, á quien se le atribuye falsamente y al mayor Wood que la representó de hecho ?

Es lo cierto que no hay constancia en los partes oficiales ni en ningún otro lugar de que el comandante Vergara insinuara siquiera tal idea á nadie. Pero, suponiendo nuevamente que la hubiera concebido, y que sin decírselo á nadie se fuese á contener á Santa Cruz al oírse el cañoneo de Quillahuaza, su propósito, por inconsulto y tardío, pecaba también de absurdo, porque en aquel instante era necesario acordar con el comandante en jefe contener y concentrar todas las divisiones en marcha, si era posible, ó no contener ninguna, y ménos, de seguro, aquella precisamente que el enemigo se había encargado de atajar por su propia cuenta, y que por lo mismo era necesario proteger sin pérdida de tiempo, antes de ser destrozada, como lo fué. Ya no cabía vacilación: el daño estaba hecho y la batalla empeñada.

No sin razón salta el coronel como sobre ascuas en su parte oficial, estos incidentes de tan capital importancia y funesta trascendencia, dejando á otros el encargo de disculparlos á su manera y por interpósitos conductos.

Pero, después de todo, acertadísimo anda el señor Vicuña Mackenna cuando sobre este mismo particular hace las siguientes reflexiones: “Pero si aquella idea (la de la concentración) había sido como otras tardía y aventurada respecto de nuestra ala izquierda, ¿ por qué al mismo tiempo no se puso por

obra respecto de la columna de la derecha que el comandante Ramirez llevaba sin vacilar á la obediencia y á la matanza? ¿No estaba esa división á la vista del coronel Arteaga? ¿No marchaba por el bajo al alcance de su voz? ¿No se hallaba por ventura rodeado, el último, de oficiales tan resueltos como el mayor don Jorje Wood, Emilio Gana, Volívar Valdes, Julian Zilleruelo y Salvador Smith para ir á hacer cumplir sus órdenes?

Esta série de interrogaciones, cuya gravedad no puede desconocerse, deben pesar sobre la conciencia del coronel Arteaga por su actitud pasiva y negligente, según queda demostrado.

De todas las reflexiones que hemos espuesto se desprende lógicamente que el coronel Arteaga es el único responsable del desastre, por no haber seguido el consejo de concentrar las secciones de la división, inmediatamente que se supo la cantidad de fuerzas con que contaba el enemigo; medida que su ayudante Wood le propuso en momento oportuno, es decir, una hora antes de entrar en combate. Tuvo tiempo sobrado el coronel para impartir en aquel instante sus órdenes en todas direcciones, y aun contener con la simple voz el avance del infortunado comandante Ramirez, que marchaba á su pérdida segura. Cuatro ayudantes de campo, Wood, Valdés, Zilleruelo y Smith aguardaban á su lado con febril impaciencia órdenes que no se les transmitieron, sin duda porque el comandante en jefe no supo darse cuenta de la gravedad de la situación.

En vista de estos preliminares, la suerte de la división chilena estaba muy comprometida, según se verá en la descripción de los tres combates que siguieron, de los cuales pasamos á ocuparnos.

CAPÍTULO II

Actitud pasiva del coronel Arteaga.- Determinación repentina del ayudante Wood.- Toma por su cuenta la dirección de la batalla.- La artillería Krupp.- Ardides de guerra.- La guerrilla salvadora.- El coronel Arteaga abandona el campo.- Avance de la línea.- Los granaderos y su capitán Villagran.- La carga.- Derrota y dispersión del enemigo.- En el cuartel general.

Es muy significativa la actitud singular del coronel Arteaga en la desgraciada acción de Tarapacá. Desde el momento que el comandante Vergara se dirigió á cerciorarse de lo que ocurría en Quillahuaza, salió de su inercia y se fué en la misma dirección, al alcance de la sección de su mando que por su cuenta se arrastraba por la áspera llanura siguiendo las huellas de Santa Cruz, bien indicada por la multitud de rezagados y moribundos que iba dejando tras de sí.

Cuando el coronel llegó á la vista de su sección, ya ésta se hallaba empeñada en reñidísimo combate con las fuerzas que hicieron subir á la altiplanicie los coroneles peruanos Cáceres y Ríos. Y téngase presente esta circunstancia porque interesa á la verdad histórica y á la justa apreciación de los acontecimientos.

No entró, pues, en batalla el coronel Arteaga en la forma que asevera el señor Vicuña Mackenna cuando dice: “Fué á la verdad tan terrible la entrada de la primera división, que llevó al fuego en persona y poniéndose valientemente á su cabeza el coronel Arteaga, que los cuerpos peruanos vacilaron, no obstante sus primeras ventajas contra los diezmados zapadores.” (Historia citada, Paj. 1138.)

Apenas puede concebirse que en letras de molde se estampen semejantes falsedades, si no supiéramos que la credulidad del historiador ha sido engañada por los interesados en escapar á una tremenda responsabilidad.

En otra parte se dice también que recorría de un extremo á otro la línea de batalla y *daba órdenes*; que en medio del fuego del combate fumaba tranquilamente *su cigarrito*, como lo hiciera Riveros cuando la captura del “Huascar”; que, desesperando del éxito, quiere hacerse matar y deja á otro sus últimas disposiciones, al capitán ayudante de la artillería de Marina don Miguel Moscoso, etc.

Causa asombro el contraste que existe entre la verdad y estas afirmaciones que se hacen tan desenfadadamente por sérios escritores sorprendidos en su buena fé, y á quienes se mueve á proclamar heroicidades que no existen, en un jefe que tan palmariamente demostró su incapacidad é ineptitud en uno de los lances más críticos de nuestra historia militar.

No nos es posible reconocerle la entereza y noble actitud de caudillo con que se le pinta, aunque no nos guia ninguna animadversión contra él, porque ello sería faltar á la verdad.

Continuaremos. El coronel se detuvo á unos 800 ó 1,000 metros largos á retaguardia del centro de su división, en la estensa planicie de Minta. Desde allí, sin dar un solo paso al frente, permaneció observando las variadas peripecias de la lucha. Era espantoso el fuego, y ambas líneas se disputaban porfiadamente el terreno, que alternativamente se cedía y volvía á reconquistar á fuego y bayoneta con terrible encarnizamiento.

El valor chileno se hallaba allí sometido á la más dura prueba. Algunos proyectiles de los Peabodys del enemigo pasaban más allá del punto de observación elegido por el coronel Arteaga, que no se hallaba en la línea de batalla, conduciéndola ni recorriéndola de un extremo á otro, como se ha asegurado. *No daba órden alguna.* Iba y venia de derecha á izquierda en el corto espacio de unos quince á veinte pasos, muy atrás de la línea, como acabamos de espresar, encorvado sobre su silla, con sombrero de paja y manta *cari*. Ni siquiera miraba ya en dirección del campo de la pelea.

¿Qué preocupaba al coronel? Probablemente nada.

En varias ocasiones el mayor Wood que le acompañaba, quiso acercársele, pero él se lo impedía alegando *que se formaba grupo*.

Serían las doce del día. y el sol abrasador, las candentes arenas del desierto, la sed devoradora, el hambre, el cansancio, el número abrumador del enemigo, y más que todo, la falta absoluta de dirección por el abandono de sus puestos de algunos de los jefes de divisiones y de cuerpos, hacían ya imposible materialmente á los nuestros mantener el campo.

Veíanse pelotones más ó menos crecidos de infantes que se desprendían de la imperfecta línea formada por el Chacabuco, Artillería de Marina y Zapadores, que á la desbandada se retiraban por el camino de Negreiros. También en esos momentos se notaba que del valle subían á la altiplanicie de Minta muchos individuos de la 3.^a división, entre ellos jefes y oficiales, sin ánimo de restablecer el combate ni de volver á él, y con la intención manifiesta de buscar su salvación. En una palabra, iba pronunciándose la derrota.

En tan apurado trance el ayudante Wood, que fué el héroe de esta jornada, se acercó resueltamente al coronel Arteaga con el propósito de arrancarle alguna resolución adecuada á las circunstancias; y en alta voz, porque el fuego era ensordecedor, le dijo: “¡Señor coronel, déme sus órdenes para ir á trasmitirlas!”

“Mis órdenes están dadas”, fué la seca contestación del coronel, que siguió yendo y viniendo, encorvado sobre su silla. Mientras tanto, repetimos, nuestra derrota se estaba declarando á todas luces....

Ocultando como pudo el mayor Wood la agitación y turbación de su espíritu al oír las últimas palabras de coronel, se le aproximó más aún, rogándole le franqueara su antejo de campaña, á lo cual accedió en el acto, muy bondadosamente, quizás por libertarse de su importuna presencia. Observando con su auxilio el campo de batalla, vió que el enemigo ganaba siempre terreno, pero lentamente y en desórden, resistidos por algunos grupos de nuestros incomparables soldados, pero caían á montones en tan desesperado y desigual combate.

Mientras el ayudante Wood, mediante el antejo del coronel, hacía el exámen de nuestra angustiada situación, sentía bullir en las venas su sangre de soldado, ante tamaña inacción de su jefe, viniéndosele entonces á la mente la idea de abandonarle y de hacerse cargo de la situación por su propia cuenta. Y fué tan súbita é impetuosa su determinación que, sin pensar en devolver el antejo, volteó bridas á su caballo y clavándole las espuelas partió á precipitado galope al alcance de la artillería Krupp que, la más adelantada, había recientemente divisado en la línea de retirada hácia Negreiros.

En el camino se juntó con el capitán don Emilio Gana, ayudante del comandante Vergara, á quien hizo presente lo crítico de la situación y la necesidad de poner al cuartel general de Dolores al corriente de lo que ocurría. y después de cambiar algunas breves palabras sobre quién sería el portador de la noticia, se separaron sin volver á encontrarse en todo aquel día.

Continuando su marcha, el ayudante Wood reconoció en la línea de retirada á muchos oficiales de todos los cuerpos, gran parte de ellos desmontados, que se arrastraban penosamente ó yacían tendidos sobre las ardientes arenas, completamente desfallecidos.

Muy atrás dejó al teniente coronel don Maximiliano Benavides y al capitán don Miguel Moscoso, ambos de la Artillería de Marina y que juntos anduvieron ese día. El primero hacía una ridícula figura, caballero en un ruin borrico, sin riendas ni montura, que á fuerza de talonazos y planazos apenas si podía con su carga obesa.

Muchos de nuestros pobres soldados llenos de ira y de despecho, torva la mirada, ennegrecido el rostro por la pólvora y el sol, al aire el pecho

varonil, jadeantes, seguían con lento paso en pelotones informes la línea de retirada, apoyados en sus rifles, candentes también con el fogueo. De trecho en trecho se detenían para cobrar aliento, y, haciendo frente al enemigo con arrogancia marcial, apuntaban y descargaban sus armas solo quizás para protestar que el chileno podía ser vencido pero no humillado.

La llanura estaba cubierta de dispersos en toda la extensión de la vista.

El enemigo hacía silbar el aire en todas direcciones con sus Peabodys de formidable alcance, de cuyos proyectiles muchos eran explosivos.

Oíanse por todas partes, en contra de los jefes de divisiones y de cuerpos, imprecaciones terribles que no era posible acallar entre esa jente ya desmoralizada por la rabia de la derrota. “¡Agua! ¡agua!” era el grito de desesperación de todos, y partía el alma que no pudiesen ser socorridos los que la imploraban como su último recurso. El mayor Wood había ya agotado el contenido de su cara-mayola humedeciendo los abrasados labios de esos infelices, muchos de los cuales se incorporaban para hacer el último disparo de sus rifles al lanzar el último suspiro del alma.

Después de largo galope, dió alcance, al fin, á la artillería Krupp que á lomo de mula conducía el entónces alférez don Santiago Faz, por herida del teniente don Filomeno Besoain. Llamó á aquel oficial y le hizo presente su propósito de armar allí las piezas y formarlas en batería, abocadas á la llanura, para oponerlas á manera de barrera al avance en retirada de los dispersos, y luego, sobre ellas como base, formar la línea y volver con ésta sobre el enemigo.

Después de algunas esplicaciones muy justificadas acerca de su abandono del campo de batalla poniendo en salvo sus piezas, el alférez Faz, sin poner objeción ni excusa, principió á dar un puntual cumplimiento á lo dispuesto, notándose mucha diligencia, de parte de todos sus subordinados, en aquella operación.

Cuando el ayudante Wood vió armadas las piezas y formadas en batería, dió orden al alférez don Luis Almarza, que con toda la escolta del comandante en jefe le venía siguiendo, hiciera con ésta entrar en la línea á los soldados que venían llegando y regresar á muchos otros que la habían pasado, para que todos formaran en la prolongación de las piezas, por derecha é izquierda de ellas.

A los ayudantes del coronel Arteaga y á otros oficiales montados, como el capitán don Marcos Latham, teniente don Salvador Smith y doctor don Juan Kidd, que también le acompañaban de cerca en aquella hora, les envió á correr la voz de que el enemigo se hallaba vencido en el valle y que nos abandonaba

el agua tan apetecida. Al mismo tiempo hizo reunir todos los cornetas y tambores que por allí pululaban y les ordenó tocar *llamada* y luego *dianas*, que son señales de reunión y de victoria.

Miéntas, mediante estos ardides disponía las cosas en momento tan angustiado, llegó á aquel sitio el teniente Besoain, que era conducido á retaguardia, á la grupa, por un soldado de artillería, y presenció lo que pasaba, retirándose luego por consejo que el mismo organizador de la defensa le diera en vista de su notoria invalidez, pues se hallaba herido de bala en un brazo.

Es seguro que ni este oficial ni los demás que allí se hallaban podrán desmentir lo que dejamos dicho sobre la manera única como *se formó* (sic) una nueva línea, ó ser esa famosa *guerrilla salvadora*, cuya conducción al fuego el señor Vicuña Mackenna, siempre mal informado, le cuelga al comandante Benavides en términos de elogios muy pomposos.

Acudían nuestros bravos infantes obedientes al toque de llamada y deseosos á la vez de esplicarse los toques de diana, cuando ya se conceptuaban irrevocablemente vencidos, y se incorporaban en la línea con resuelta actitud. Una vez formada ésta, fué conducido por Wood al frente sobre el enemigo, al son de *ataque* de todos los cornetas y tambores.

El mayor se había colocado, entonces, frente al centro de la estensa línea, á unos cincuenta pasos adelante. En el centro iba incorporada la artillería sirviendo de base y de dirección, posición inadecuada, si se quiere, pero que se esplica por las razones particulares del momento.

En aquellos solemnes instantes, era el ayudante Wood el único, legítimo y no disputado jefe de toda la línea, y de ello son testigos todos los que espontáneamente fueron á su lado á recibir sus órdenes, á trasmitirlas y á cumplirlas.

Aquella defensa improvisada con tanta celeridad era obra suya, y suyo es también el mérito de la victoria que alcanzó, por más que no haya querido reconocérsela.

En el ínter, ¿dónde se encontraba el coronel Arteaga?

No se hallaba á la vista del denodado Wood, auxiliada eficazmente por el anteojo de aquél; pero súpose más tarde que hacía tiempo, sin anteojo y sin ayudantes que mandar, había descendido al valle en dirección de Huaraciña. Allí mismo le encontró aquél más tarde, cuando ya había saboreado tranquilamente una sabrosa *cazuela*, con sus fieles acompañantes de la primera hora.

Emprendió el avance la nueva línea cubriendo un frente más dilatado, en órden disperso, y á su paso se le iban plegando todos los que por el llano

venían en retirada, porque había orden espesa de que todos entraran en ella y nadie la pasara á retaguardia.

De esta manera se renovaba, pues, por el ayudante Wood, entre las tres y cuatro de la tarde, la batalla á todas luces perdida por el coronel Arteaga entre doce y una...

Se avanzaba á paso de carga, arrollándolo todo por delante, al mismo tiempo que se hacía un fuego espantoso. Parecía respirarse una verdadera atmósfera de plomo.

El humo impedía que se viesen los combatientes de ámbas líneas. El caballo de Wood ajitaba con impaciencia la cabeza, acosado por tan tupida granizada de balas, siendo relativamente mínimos los estragos causados. Su ginete no recibió más averías que una de las bridas tronchada por un proyectil, y la perforación de su uniforme.

Después de adelantar mucho trecho y de contener al enemigo en su avance, dispuso que la artillería pasara á ocupar una posición apropiada, conseguido lo cual, principió á descargar la metralla sobre la ya confusa línea opuesta.

Lo repetimos, era el mayor Wood de hecho el comandante en jefe en aquella hora de la derrota trocada en espléndida victoria, mediante su iniciativa y sus propios esfuerzos. Y, sin embargo, ni siquiera se apercibía de ello; tal era la espontaneidad y desinterés de su acción.

¿Por qué asumía aquella autoridad por nadie disputada entónces ?

¿Por qué ejercía tan indiscutible ascendiente sobre todos ? Qué interés le guiaba ni qué responsabilidad le cabía en la suerte propicia ó adversa de aquel día?

¡Ah! ese ascendiente se imponía por sí sólo, sin violencia de su parte ni de los demás, por su arrojo y su valiente táctica militar y porque no le animaba otro anhelo que defender la bandera en peligro, detrás de cuyos pliegues nada veía sino sus deberes de soldado y de patriota...

Cuando, después de haber avanzado lo necesario sobre el enemigo, reconquistando el terreno perdido, el ayudante Wood se detuvo para darle una organización á la línea de batalla, amalgamando la acción de la infantería con la de la artillería, bajo el nutrido fuego de los adversarios, se divisó á la distancia una tropa de caballería, que venía del frente, mucho más allá de nuestra extrema izquierda y, por consiguiente, libre de la zona de fuego.

Algunos de sus acompañantes le llamaron la atención sobre ella, un tanto alarmados, pero él les calmó asegurándoles que el enemigo no contaba con fuerza alguna de caballería, y que aquellos no podían ser sino los “Granaderos a caballo”, conducidos por el capitán don Rodolfo Villagran. Y aquí es necesario dejar establecido que no venía *el alentado Villagran por los claros que dejaba nuestra infantería y en protección de ésta*, como también le han hecho decir al señor Vicuña Mackenna, sino que llevaba á sus granaderos, precipitadamente en retirada, después de haberse refrescado en Quillahuaza, pero sin haberse batido aún.

Manifestándose en los granaderos la visible intención de abandonar el campo de batalla cuando ya se había restablecido el combate en toda la línea, se enviaron tres emisarios en su demanda. Fué el primero un cabo de la escolta, que servía de ordenanza al ayudante; en seguida el alférez don Luis Almarza, y, por último, el teniente de la misma don Diego Miller Almeida; éste, con órden espresa de decir á Villagran que viniera sin más tardanza, porque iba á continuar el avance sobre el enemigo, y que se le haría responsable de las resultas de su inobediencia.

Al fin hubo de obedecer Villagran y á poco rato se presentó con sus bizarros granaderos en el paraje en donde estaban los que dirigian la batalla; en donde recibió del mayor Wood las consiguientes reprensiones por su estraña conducta; y éste, dirigiéndose á los granaderos, les recordó su antigua y bien ganada reputación. “¿Es posible, les dijo, que los bravos granaderos, siempre vencedores de los araucanos, huyan ahora en presencia de peruanos?”

Diciendo ésto, ordenó se prepararan para cargar sobre el enemigo.

Electrizados por tan enérgicas palabras, los granaderos, como un solo hombre, tiraron de sus sables y levantándolos en alto victoreaban á su nuevo jefe calurosamente, exclamando algunos de ellos que aunque eran conducidos en retirada, deseaban medirse con el enemigo, y le pedían les llevase á la pelea.

Permanecía allí el capitán Villagran completamente amilanado, prestando su asentimiento espreso y tácito á cuanto hacía el esforzado ayudante, sin oponer objeción alguna.

“Lo que Ud. haga, señor, será bien hecho, repetía.”

Notando el mayor Wood tan buena disposición de la tropa y oficiales y el apocamiento de su jefe, resolvió dirigir la en persona, poniéndose al frente.

Mucho hincapié se ha hecho después de la batalla sobre lo inverosímil de que el capitán Villagran se hubiera allanado á que un jefe estraño tomara en

aquella situación el mando de la fuerza que le estaba confiada, y cuya dirección inmediata solo á él correspondía.

Efectivamente, á la simple vista es inverosímil. Pero los que de tal manera discurren lo hacen por cálculo y no se dán cuenta de lo que entonces pasaba; é ignoran, ó afectan ignorar, que ese capitán se hallaba en muy buena compañía de los muchos que dócilmente obedecían ese día el mandato del mayor Wood, pero que, en la calma que sucede al peligro, después de reflexionar bien, han creído que más les interesaba adulterar los hechos á sabiendas, ó negarlos, para repartirse y decretarse entre sí el mérito de acciones que está muy distante de pertenecerles.

Así, el capitán Villagran, tan dócil á la voz y al mando del mayor en Tarapacá, unido después á sus parientes, que ni siquiera asistieron á la batalla, se anticipó sin ningún escrúpulo á minar su reputación, con la mira de poner á cubierto su propio crédito, comprometido allí por culpa suya exclusivamente.

Hizo el valiente Wood formar en batalla á los granaderos y luego se puso á su frente con un trompeta que pidió al mismo Villagran. Le ordenó tocar *marcha*, luego *trote*, y á su tiempo lanzó ambas filas al escape al toque de “deguello”. El capitán Villagran no dió en ese momento otras voces de mando que las precisas para hacer pasar su tropa del orden en que se hallaba al de batalla, cuando le fué mandado en el momento de disponerse la carga.

Avanzó el capitán algun trecho al costado de Wood, pero luego notó éste su ausencia: habiásele *empacado*, en la carga, su caballo de batalla....

El comandante Vergara, que había llegado un poco ántes, presenció todas las disposiciones tomadas para efectuar la carga y otras generales con relación á toda la línea de batalla.

Acompañó al mayor Wood en la carga, ocupando el extremo izquierdo de la primera fila, manteniéndose éste en el extremo derecho de la segunda, después de ordenar el arranque de una y otra sucesivamente. Hacíase notar por el color blanco de su vestidura, que le hacía el blanco de los proyectiles del enemigo. Es de justicia reconocer que en esta ocasión se portó con singular denuedo, lo mismo que en los demás azares de ese día, esponiendo á cada paso su persona como un valiente en lo más rudo del fuego, y manteniéndose contantemente á la altura de la situación que él contribuyera á crear, bien que con menos culpa que otros.

Quisiéramos darnos la grata satisfacción de tributar igual homenaje justiciero á todos los demás jefes solidarios en la responsabilidad de los

desaciertos de la campaña; pero no podríamos hacerlo sin faltar á la verdad y violentar nuestra conciencia.

Como resultado de la carga de los granaderos, éstos se estrecharon cuerpo á cuerpo con los infantes del enemigo, los cuales muy en breve se pusieron en desordenada fuga, ganándose á las laderas y á las hendiduras del terreno para escapar á los golpes de sable de aquellos atléticos jinetes.

Es inexacto que los peruanos formaran cuadros y rechazaran á los granaderos; éstos sólo regresaron al punto de partida, á rehacerse, cuando ya no podía ser de eficacia la persecución contra los dispersos soldados, que se habían guarecido en sitios desde dónde podían ofender sin ser alcanzados, y por allí seguían camino adelante en precipitada fuga hácia Pachica.

Tanto se había adelantado el mayor Wood conduciendo la carga, que al volver á las filas con su ayudante oficioso, el denodado y espiritual Salvador Smith, éste le hizo notar que nuestros propios soldados les hacían fuego, á lo que aquel observó que los equivocaban con los contrarios, por lo cual era prudente aligerar el paso para acercarse y disponer el avance de toda la línea, á fin de ocupar el terreno desalojado.

Fué decisiva la carga, y ella completó la victoria de nuestra parte, ahuyentando al enemigo triunfante hacía poco, que la nueva línea había rechazado de muy atrás.

Acompañó en la carga toda la escolta del coronel Arteaga y muchos valientes oficiales montados que seguían á Wood. Hubo mas de sesenta muertos y crecido número de heridos de parte del enemigo. Las piezas de artillería quitadas por Cáceres á Santa Cruz al principio de la acción, fueron entonces recuperadas, pero nada se hizo por ir á recogerlas, aun cuando se hizo indicación en ese sentido.

Bien convencido de que el enemigo se hallaba completamente vencido y en fuga, no oyéndose ya, ni cerca ni lejos, detonación alguna de arma de fuego, hizo Wood asegurar convenientemente un crecido número de prisioneros que se hallaban reunidos en diversas partidas, reuniéndolos en un solo grupo. En seguida, se fué en busca del coronel Arteaga para cumplimentarle por la brillante victoria alcanzada.

Después de mucho andar por la llanura, descendió por la Visagra hácia Huaraciña y al fin le encontró en esas inmediaciones, debajo de un arbolado de fresca sombra, á orillas del rio, cuyas cristalinas aguas serpenteaban por entre la verde enramada.

Le hacían compañía desde muy temprano casi todos los jefes de cuerpo ó de división, que en esos momentos manifestábanse muy satisfechos de una

abundante y succulenta *cazuela*, lentamente preparada a su sabor. Este detalle, en apariencia fútil, evidencia que el coronel, sin otro objeto, había permanecido allí un largo espacio de tiempo, sin dársele un ardite por cosas de mayor gravedad.

Para quitarle todo asidero al cargo, muy sério, que podía hacerse al coronel, de haber tenido demasiado tiempo para disponer mejor sus tropas y la persecución del enemigo vencido, se ha tenido empeño en hacer parecer que el comandante en jefe fué sorprendido en el primer momento, antes de servirse de la famosa *cazuela*, cuando el enemigo reapareció reforzado con sus tropas de Pachica. Dice así el señor Vicuña Mackenna: “En seguida, todos los de la *cazuela* subían á la cumbre, Arteaga, Santa Cruz, y numeroso grupo de oficiales, mirones codiciosos de los platos servidos á los superiores... Los jefes de nuestras tropas, dice casi burlescamente una relación formal de la batalla, tuvieron que abandonar su almuerzo antes de llevar la cuchara á los labios.” “Efectivamente, continúa el señor Vicuña Mackenna, eran las tres y un cuarto por el reloj del cuartel general de la división cuando el comandante Vidaurre servía un plato de hirviente *cazuela* al coronel Arteaga, miéntras el ayudante Salvador Smith compartía una gruesa *zopaipilla*, frita en sartén tarapaqueña, con el comandante Santa Cruz. Diez minutos más tarde aparecía el enemigo.” (Historia citada, pág. 1869.)

Todo lo cual es inexacto, porque cuando el mayor Wood llegaba aquel sitio, ya no quedaban ni vestigios de la hirviente *cazuela* ni de las gruesas *zopaipillas*; y tan cierto es esto, que el comandante Vidaurre, al verlo venir, dió orden á un asistente de que le preparara un plato, lo que fué imposible porque ya los asistentes habían dado cuenta de los últimos restos. Así, pues, permaneció todo el día sin probar bocado.

Allí descansó un momento, después de haber desensillado, y mucho después fué cuando apareció el enemigo, y nó antes de que el coronel *se llevara á los labios la cuchara...*

No es extraño que todo esto haya hecho referir la escena en tono burlesco al narrador que cita el señor Vicuña Mackenna, y sería muy digno de averiguarse cómo una *cazuela* puede influir tan poderosamente en la suerte de una batalla y en los destinos de una nación...

Al presentarse el mayor Wood al coronel, le saludó muy cortésmente, y con toda ingenuidad le felicitó por la victoria; pero apenas si éste se dignó contestar á su saludo con un imperceptible movimiento de cabeza, al mismo tiempo que le reclamaba su antejo, diciéndole que *le habia mantenido á ciegas toda la batalla*. En el acto se lo entregó, como era su intención con mil excusas por tan involuntaria falta de su parte, pero sin revelar arrepentimiento por el buen uso que de él había hecho.

No se hallaba allí el comandante Vergara, y tampoco participó de aquel refrigerio en el cuartel general de la división. Se había quedado en la altura y de órden del coronel le envió un mensaje escrito con lápiz para que pusiera al cuartel general de Dolores al corriente del estado de las cosas. Fué conductor de ese mensaje un granadero ó un cazador, no podemos precisarlo por ahora.

Tal es, en los más breves términos posibles, la relación franca y rigurosamente verídica de la minera como en esta ocasión fué rehecha la rota y dispersa división del coronel Arteaga, y cómo se alcanzó ese triunfo bajo condiciones tan adversas y que tanto la enaltecen; y sin el cual el 27 de Noviembre sería tan solo el recuerdo de una muy temprana y culpable derrota, y un día triste para las armas de Chile.

CAPÍTULO III

Falsedades del boletín oficial.- Descuidos incalificables.- Inexactitudes de los escritores Errázuriz, Barros Arana y Vicuña Mackenna.- El coronel Arteaga buscando la muerte.- Falsas informaciones.

Antes de pasar adelante en la descripción de aquellos combates memorables, es necesario hacerse cargo de la manera cómo se ha ocultado ó empequeñecido la heroica acción del ayudante Wood, para distribuirse entre muchos el mérito de ella, siendo que á él sólo se debe su iniciativa y dirección.

No es nuestro ánimo negar á muchos de nuestros bizarros oficiales su honrosa cooperación en los sucesos de aquel día; somos de los primeros en reconocerla. Sin su valiente concurso nada se habría alcanzado. Allí se distinguieron notablemente Juan Kidd, Julian Zilleruelo, Márcos Latham, Luis Almarza, Salvador Smith, Diego Miller Almeida, José Antonio Silva Montt, Bianchi Tupper, Manuel Blanco, Fernando Valenzuela, J.A. Olid, E. Cox, J. V. Lopez, A. Valenzuela, Santiago Faz, Francisco Javier Lira Errázuriz, y tantos otros cuyos nombres no recordamos. Todos ellos, en tan luctuosa jornada, comprometieron la gratitud de la patria, señalándose en el número de los buenos.

Nada más calculadamente ambíguo que la redacción del parte oficial de la batalla, pasado por el coronel Arteaga al general en jefe del ejército. “A la 1 P. M. dice, nuestra situación era muy crítica porque las municiones hallábanse casi agotadas y los refuerzos al enemigo aumentaban considerablemente por momentos. Haciendo un esfuerzo supremo, reuniendo los dispersos y rezagados, se formó una segunda línea de batalla y se avanzó con ella al mismo tiempo que se daba una impetuosa carga con los granaderos á caballo que conducía el capitán don Rodolfo Villagran, cuya carga condujo el sarjento mayor don Jorje Wood, que me servía de ayudante. Con este nuevo empuje se produjo la dispersión del enemigo, y á las 3 P. M. contábamos con una victoria más, porque sólo contestaban á nuestro fuego algunos enemigos en retirada. En tal situación, se dispuso que la tropa y caballada bajasen al agua á fin de que se refrescaran y se pudiera emprender la persecución del enemigo, quedando en la altura los que mantenían el fuego contra los dispersos de aquél. Poco después, se nos anunció que el enemigo se presentaba

nuevamente con considerables refuerzos, haciéndose preciso renovar la lucha”

Estas aseveraciones inexactas y calculadas ambigüedades no pueden quedar sin protesta. Sin duda, hacen mucho honor á la previsor perspicacia de su autor, pero nó á la verdad de lo ocurrido, resultando de aquí que en el empeño de disculpar, atenuar y ocultar las faltas de otros, se reduce á la nada el acto heroico del mayor Wood.

Desde luego, dejaremos establecido el hecho no controvertido, de que á la 1 P. M. *nuestra situación era muy crítica*, que es la manera como el coronel Arteaga ha juzgado conveniente ocultar su derrota declarada de esa hora, y que *se formó* luego una nueva línea de batalla; que *se avanzó* con ella sobre el enemigo, al mismo tiempo que *se daba* una impetuosa carga de caballería, lo que dió lugar á que á las 3 P. M. contáramos con una victoria más, etc.

En primer lugar, no nos esplicamos á que *refuerzos considerables* venidos al enemigo en aquella hora pueda aludir el coronel Arteaga, sabido, como es, que desde el principio todas las fuerzas enemigas existentes en Tarapacá con los generales Buendía y Suarez, viéronse empeñadas con las nuestras, tanto en el valle como en la altiplanicie. Aquellas que con los coroneles Dávila y Herrera se hallaban desde la víspera escalonadas en Pachica, solo se presentaron en el campo en la última faz de la batalla cuando, juntas con los derrotados por la nueva línea formada por Wood, pudieron acudir al desquite, consiguiendo sorprendernos desprevenidos y en el más culpable abandono, en el fondo de la profunda quebrada.

¿Qué significa aquello de *reuniendo los dispersos y rezagados se formó una segunda línea de batalla y se avanzó* con ella, al mismo tiempo que *se daba* una impetuosa carga con los granaderos que mandaba el capitán Villagran, cuya carga *condujo* el sarjento mayor don Jorje Wood, etc?

¿ La ordenó él por ventura ? ¿Dispuso él la carga ? ¿Quién formó la nueva línea de batalla? ¿Cómo fué formada? ¿Quién la hizo avanzar y la condujo? ¿Ha creido el coronel conceder mucho á Wood reconociendo su gran participación en la carga ?

Si el coronel hizo todo esto, ¿ por qué no lo declara categóricamente en lugar de dejarlo todo en la penumbra?

Del modo como se relatan las cosas en el parte oficial, puede naturalmente presumiese que, ó todo se debe á él, ó todo se ha producido por efecto de encantamiento ó milagro: la nueva línea *se formó*, *se avanzó* con ella y *se daba* una impetuosa carga. Este impersonalismo es sospechoso. Téngase presente que aquí no intervino el padre Madariaga con la imagen del Cármen,

como diz aconteció en Dolores. Y como en los tiempos que corren ya nadie cree en milagros ni hechicerías, la conclusión es lógica mientras nadie la desmienta: el coronel Arteaga todo lo dispuso y lo ejecutó él todo!

Hay marcada argucia en la manera como fué redactada esa pieza en Santa Catalina, por mano de ducho abogado, y resalta á primera vista, á quien las cosas presenció, el empeño asídúo que hay en desfigurarlas con prolijo estudio para asignar el mérito de la acción á muchos, que se deja presumir, menos al único que en justicia debería reconocérsele.

Este empeño también se advierte muy en particular en la ocultación que se ha hecho de la circunstancia de haber ocurrido doble combate ó batalla en Tarapacá el día 27, y por lo mismo una doble derrota que debe justamente ponerse á la cuenta del coronel. Y la hubo doble por la razón obvia de haber mediado entre la primera y la última una espléndida victoria de nuestra parte; victoria que nos compensa con creces de aquel doble revés.

Para ocultar verdad de tanto bulto, se pretende hacer consentir en que hubiera habido continuidad de combate durante todo el tiempo transcurrido entre la decisiva carga de los granaderos y la reaparición del enemigo, cuando dice el parte oficial: *“Porque solo contestaban á nuestro fuego algunos enemigos en retirada.* En tal situación se dispuso que la tropa y caballada bajasen al agua para que se refrescaran y pudieran emprender la persecución del enemigo, *quedando en la pampa los que mantenían el fuego contra los dispersos de aquél.* Poco después se nos vino á anunciar que el enemigo se presentaba nuevamente, etc.”

Con lo cual se procura con tiempo escusar al coronel por el cargo que algún día pudiera hacérsele por la manera como le fué permitido al enemigo sorprendernos, cuando debimos y pudimos esperarle mejor preparados, ya que no se le había hostilizado en su derrota en dirección de sus reservas escalonadas en Pachica...

Pero no hubo tal continuidad de combate. La victoria de los nuestros fué completa con el avance de la nueva línea y la carga de los granaderos, sin que después de ésta se divisara un sólo enemigo en aptitud de combatir, ni se oyera la detonación de una sólo arma de fuego en aquel campo.

Así, pues, se disimula la gravísima omisión de no disponer la inmediata persecución del enemigo vencido, lanzando en su seguimiento algunos jinetes, si nó para aprisionarle é impedir su reunión á los de Pachica (que deberían presumirse en marcha), siquiera para observar sus movimientos y que se nos previniera con oportunidad si volvía aquél al desquite reforzado con éstos.

Toda la tropa de granaderos estaba disponible, habiéndose ya refrescado y reposado en Huaracina.

Consecuencia de esa culpable omisión fué que el enemigo pudo sorprendernos completamente descuidados en el fondo del valle, y no se nos vino á anunciar su aproximación por nadie sino por sus propias descargas.

No se olvide que el coronel conocía de antemano perfectamente la existencia de esos refuerzos en Pachica.

Estos desaciertos son los que se ha tratado de dejar en la oscuridad influenciando al señor Errázuriz, Vicuña Mackenna y otros eminentes escritores, con narraciones parciales, sin que éstos sospechasen ni remotamente que sus informantes fueran los mismos enviados especialmente á Chile para calmar la excitación de los ánimos.

No podía el señor Errázuriz ser más penosamente engañado que cuando se le hace decir: “El comandante Arteaga condujo los restos diezmados de su división á una posición situada á mas de una milla del teatro del doble combate de la primera parte del día. Allí, sin ser molestado, se ocupó activamente en reorganizar las fuerzas, reincorporando en ellas á centenares de rezagados que no habían tomado parte en la batalla.”

Según lo cual, el coronel aparece muy bizarramente conduciendo en persona su división para reorganizarla muy tranquilamente en el punto mismo donde el ayudante Wood la atajó, toda deshecha y desmandada, para formar una nueva línea de batalla, sin que por allí se divisara, ni siquiera la sombra del coronel.

Es aquí del caso declarar categóricamente y muy en alto que no hubo tal cosa, porque aquella operación táctica fué obra exclusivamente de Wood, y nó del coronel, que ni aún la presenció; eso sí, nó *conduciendo la división para organizarla reincorporando á algunos centenares de rezagados que no habían tomado parte en la batalla*, sino conteniendo, ó más propiamente dicho, atajando en su fuga toda la rota y dispersa división del coronel don Luis Arteaga, artillería, infantería y caballería, para reorganizarla allí mismo. Y fué la hoja de su fiel espada de Tarapacá la que, con la señal de ataque, indicaba á los nuestros la senda de la victoria.

El señor Errázuriz asigna también el mérito de la carga de granaderos al alférez del mismo regimiento don Eduardo Cox, lo que, á más de ser inexacto, ha sido desmentido por el mismo señor Cox, quien atribuye su éxito únicamente al valor y pericia del mayor Wood; demostrando así un carácter hidalgo y pundonoroso en un jóven que rinde culto á la verdad y detesta la mentira.

Pero, no obstante, reconozcamos que el mismo escritor le concede más adelante alguna participación en aquel episodio de la batalla, cuando dice: “La

voz enérgica y la actitud arrogante del sarjento mayor don Jorje Wood, que acompañaba la división como ayudante general, electrizaron á la tropa, y la compañía se lanzó á galope en el claro que dejó la infantería al desviarse hácia la izquierda en persecución del enemigo”. Consecuencia de esa culpable omisión fué que el enemigo pudo sorprendernos completamente descuidados en el fondo del valle, y no se nos vino á anunciar su aproximación por nadie sino por sus propias descargas.

No se olvide que el coronel conocía de antemano perfectamente la existencia de esos refuerzos en Pachica.

Estos desaciertos son los que se ha tratado de dejar en la oscuridad influenciando al señor Errázuriz, Vicuña Mackenna y otros eminentes escritores, con narraciones parciales, sin que éstos sospechasen ni remotamente que sus informantes fueran los mismos enviados especialmente á Chile para calmar la excitación de los ánimos.

No podía el señor Errázuriz ser más penosamente engañado que cuando se le hace decir: “El comandante Arteaga condujo los restos diezmados de su división á una posición situada á mas de una milla del teatro del doble combate de la primera parte del día. Allí, sin ser molestado, se ocupó activamente en reorganizar las fuerzas, reincorporando en ellas á centenares de rezagados que no habían tomado parte en la batalla.”

Según lo cual, el coronel aparece muy bizarramente conduciendo en persona su división para reorganizarla muy tranquilamente en el punto mismo donde el ayudante Wood la atajó, toda deshecha y desmandada, para formar una nueva línea de batalla, sin que por allí se divisara, ni siquiera la sombra del coronel.

Es aquí del caso declarar categóricamente y muy en alto que no hubo tal cosa, porque aquella operación táctica fué obra exclusivamente de Wood, y nó del coronel, que ni aún la presenció; eso sí, nó *conduciendo la división para organizarla reincorporando á algunos centenares de rezagados que no habían tomado parte en la batalla*, sino conteniendo, ó más propiamente dicho, atajando en su fuga toda la rota y dispersa división del coronel don Luis Arteaga, artillería, infantería y caballería, para reorganizarla allí mismo. Y fué la hoja de su fiel espada de Tarapacá la que, con la señal de ataque, indicaba á los nuestros la senda de la victoria.

El señor Errázuriz asigna también el mérito de la carga de granaderos al alférez del mismo rejimiento don Eduardo Cox, lo que, á más de ser inexacto, ha sido desmentido por el mismo señor Cox, quien atribuye su éxito únicamente al valor y pericia del mayor Wood; demostrando así un carácter hidalgo y pundonoroso en un jóven que rinde culto á la verdad y detesta la mentira.

Pero, no obstante, reconozcamos que el mismo escritor le concede más adelante alguna participación en aquel episodio de la batalla, cuando dice: “La voz enérgica y la actitud arrogante del sarjento mayor don Jorje Wood, que acompañaba la división como ayudante general, electrizaron á la tropa, y la compañía se lanzó á galope en el claro que dejó la infantería al desviarse hácia la izquierda en persecución del enemigo”.

Muy parco es también el señor Barros Arana en su notable obra, lo que debe escusársele en razón del poco espacio en que ha condensado la narración; pero hubiera sido de desear que se informara mejor. Dice á su vez: “A esa hora habían bajado á la llanura, y á la voz del sarjento mayor don Jorje Wood, ayudante del jefe de la división, ese cuerpo de jinetes se formó en batalla, reuniendo á su lado á los soldados á quienes la confusión de la pelea había separado de sus compañeros” (Historia de la guerra del Pacifico, pág. 175.).

Por lo que hace al ilustre señor Vicuña Mackenna, como que ha escrito más, ha errado más, porque siendo el cronista obligado de todas nuestras glorias nacionales, á él le cargaron la mano de preferencia, los enviados de Santa Catalina. Oigámosle:

“Mandaba en jefe aquella guerrilla heróica que se ha dado en llamar la *guerrilla salvadora*, un oficial anciano, rechoncho, de pequeña estatura y rugoso rostro, que se hacía notar por andar montado en una mula. Era éste el segundo jefe de la Artillería de Marina, don Maximiano Benavides, hombre valentísimo, ascendido desde soldado, y que aquel día mereció ser ascendido á general, porque mandó en jefe la línea que rechazó al enemigo en todo nuestro frente. El coronel Arteaga recorría también la línea de un extremo á otro. Daba órdenes. Solo al capitán Moscoso habíale dicho al comunicarle sus últimas disposiciones: “Voy á buscar la muerte.”(Historia citada, pág. 1131.)

Resulta ahora que no es el coronel Arteaga quien manda en jefe; es el comandante Benavides quien se ha hecho cargo del mando en jefe de la división chilena á vista y paciencia del coronel. ¿Y por qué?

Benavides y Moscoso pertenecían á la Artillería de Marina y eran los favoritos del coronel Arteaga. El segundo vino á Chile, en comisión ó con licencia, inmediatamente después de la batalla. ¿No sería este mismo oficial, el adlátere inseparable de Benavides en la altiplanicie, en la línea de retirada, quien suministrara al señor Vicuña Mackenna estos y tantos otros detalles falsos de que está plagada en obra?

¡Benavides, á talonazos en un burro (porque no hubo tal mula), mandar en jefe toda la línea que rechazó al enemigo victorioso en todo nuestro frente, y merecer por esto ser ascendido á general en el campo de batalla! ¡Moscoso,

el gemelo inseparable de Benavides en todas partes, menos en su puesto de táctica del regimiento á que pertenecía, suceder en el mando de la división al coronel Arteaga!

¿Y por qué se iba á hacer matar el coronel? ¿Había acaso perdido la batalla? ¿Es sério ésto?

Benavides, repetirnos, buscaba con afán su propia salvación fuera del campo de batalla, en compañía del capitán Moscoso, cuando la línea del ayudante Wood, ya formada y conducida por él desde muy atrás, atajó á éstos y á muchos otros haciéndolos entrar en ella. El rol de Benavides, concediéndole mucho, no pasaría del de un obligado auxiliar de aquél.

¿Acaso á semejante oficial, de tan triste figura y ridícula actitud, bastárale dar de talonazos y planazos á su pollino y vociferar algunos ramplones juramentos, para producir aquel *sursum corda* en nuestros bravos, desfallecidos en esos momentos de tumultuoso desórden, cuando ya habían perdido toda la fé en sus jefes, y, con sólo el ascendiente de tal actitud y ademanes, tornarlos al fuego y al sacrificio, trocando la derrota declarada en espléndida victoria?

Ni aun el mismo Benavides ha osado sostener tal absurdo cuando ha sido interrogado por Wood, sí bien ha dejado correr sin protesta semejante aseveración.

No es menos peregrino aquello de que el coronel resolviera hacerse matar en Tarapacá y que al capitán Moscoso, á solas, le comunicara su fatal resolución y le impartiera sus últimas disposiciones de combate.

Sensible es que de esta incidencia no haya más prueba que la palabra del mismo Moscoso, que es quien la ha contado.

Si hubiera alguna prueba suficiente, quedaría en limpio que el coronel andaba con la razón desequilibrada.

¿Por qué iría á darse un sucesor en el capiyán Moscoso? ¿Tenía acaso certidumbre de que sus subalternos, en que había jefes de alta graduación, obedecerían sin réplica á un simple capitán?

Esto es soberanamente ridículo.

Ahora, suponiendo que realmente el coronel Arteaga hubiera querido buscar la muerte, ¿por qué no fué á encontrarla en medio del fuego sino que abandonó el campo por la línea de retirada, camino de Negreiros y Santa Catalina?

Don Narciso Castañeda, hoy vecino de Valparaíso, nos refiere que siendo él secretario privado de don Benjamin Vicuña Mackenna en 1879, 80 y 81, oyó la relación personal que le hizo de los sucesos de Tarapacá el capitán

don Miguel Moscoso, que fué á ver á aquel escritor cuando recién llegaba del norte, en comisión ó licencia, como dejamos dicho. Esa relación fué hecha bajo las higueras en su casa del Camino de Cintura, y continuada después de comer, acto á que estuvo presente Moscoso. El mismo señor Castañeda hacía las anotaciones.

No es de estrañar, pues, el cúmulo de inexactitudes en que incurre el señor Vicuña Mackenna, si tenemos presente que Moscoso fué enviado después de la batalla para calmar y estraviar los ánimos en Chile.

Los panegiristas del coronel no podrán creer que en Tarapacá faltase una onza de plomo para él; bastábale marchar de frente, con ánimo resuelto de morir allí, donde cayeron tantos valientes chilenos de los que él llevó á la matanza y que murieron por su culpa.

El mismo señor Vicuña Mackenna, bajo el seudónimo de *San Val*, nos ha contado cómo, sin decírselo á nadie, se hizo matar, de veras, un general francés, en una situación muy parecida á la del coronel Arteaga en Tarapacá, y que vale la pena de que aquí se la refiera. Dice así:

“Desde el principio, el general se hallaba en lo más espeso de la refriega. Cuando vió perdida la jornada, después de haber hecho todo lo posible para volver á ganarla, no teniendo ya ni siquiera un batallón de que disponer, llamó á sus ayudantes de campo, les dió sus órdenes, y les despidió uno por uno. Apenas había partido el último, el general, clavando la espuela á su caballo, corrió alguna distancia al frente de sus desordenadas tropas, echó pié á tierra y tomando una pistola del arzón, mató su caballo. En seguida, marchó lentamente hácia el enemigo. Sus soldados trataron de detenerlo, pero en vano. Avanza deliberadamente en medio de un fuego terrible. Sus tropas, sobrecitadas por este espectáculo, corren de nuevo hácia el enemigo, pero caen á montones en derredor de su general, que sigue siempre adelante. Una nueva descarga del enemigo, y el general Donay, casi sólo ya, cae herido de muerte” (Guerra franco-prusiana, Pág. 87.).

En otra parte, refiriéndose siempre el señor Vicuña Mackenna á la línea, que dice, conducía Benavides, así se espresa para esplicar quizás cómo se *formó* esa nueva línea de batalla: “Cuando las compañías flanqueadoras (aquí supone á Benavides conduciendo algunas compañías organizadas) subían á la cuesta occidental de los farellones que cierran hácia el noroeste de la quebrada de Tarapacá, no distaban, á la verdad, más de 300 metros las divisiones peruanas que venían á atrancarlas, dispersadas en guerrilla y haciendo fuego en avance al toque de sus cornetas. Pero no habían coronado del todo aquéllas á la cuchilla, cuando corriendo á su bienvenido encuentro todo lo que quedaba de pechos enteros en la infortunada división chilena, el coronel Arteaga y su intrépido ayudante don Jorje Wood, los comandantes Santa Cruz, Vergara,

Toro Herrera, etc.,” y termina la enumeración con el capitán Moscoso, á quien, dice, viósele montado en caballos, mulas, y hasta en burros por todas partes ese día. (Historia de la guerra del Pacífico, pág. 1136.).

Esto no pasa de un puro acomodo. Ya hemos referido la manera cómo el mayor Wood organizó, muy atrás de nuestra línea, la rota división del coronel Arteaga, habiendo antes abandonado á este jefe cuando permanecía á unos mil metros á retaguardia de ella. Es evidente, según ésto, que el señor Vicuña Mackenna debe referirse á los momentos en que la nueva línea había avanzado largo trecho, después de organizada á más de tres mil metros del sitio en que abandonó al coronel. Pero ni aún esta suposición es admisible, porque fácil sería comprobar que esta línea nueva no alcanzó á colocarse á menos de 400 metros de la enemiga, ni aún en el último momento del avance, porque ésta fué completamente dispersada en precipitada fuga por los granaderos, conducidos por Wood, y cuando ya nuestros infantes y la artillería la habían desorganizado y hecho retroceder, mediando entonces una distancia máxima de 400 metros.

En las primeras horas del día la lucha había sido muy de cerca, estrechándose en muchos casos los dos bandos cuerpo á cuerpo.

Después de mucho avanzar, partiendo del punto en que la línea fué rehecha por Wood, éste la detuvo para disponer convenientemente las cosas, y haciendo que la artillería se colocara en posición y ésto sucedió á no menor distancia del enemigo que la arriba indicada.

Bien organizada la línea en una vasta extensión, que cubría el frente de la enemiga, y habiéndosele plegado los granaderos, emprendió la arremetida con éstos, dejando orden de avanzar al resto de la línea.

Estos hechos fueron muy notables y deben constarles á todos los que entonces rodeaban al arrojado mayor.

La cita del señor Vicuña Mackenna en esta parte, sólo una cosa puede esplicar y es que Benavides vino á plegarse á su línea cuando ya Wood había avanzado un gran espacio; pero Benavides no tenía entonces cuatro hombres en formación bajo su mando, y él mismo venía confundido, haciendo una triste figura entre la multitud de fugitivos del campo de batalla.

Fácilmente se esplicaría la paralojización en que han podido caer el mismo Benavides y los que de cerca le acompañaban á la sazón, creyendo todos que él conducía la nueva línea. Habiéndose plegado Benavides á ésta á la altura de Quillahuaza (según se deduce), al subir á la altiplanicie, debió incorporarse en la estrema derecha de la línea; y como él fuera el jefe más caracterizado que allí se divisara, muy de buena fé pudo creerse mandando en jefe aquélla, no siéndoles posible, á los que por aquel lado se hallaban, darse cuenta de lo que acontecía por el centro, ni menos por el extremo opuesto de

tan dilatada línea, á la cual se uniría Benavides con otros oficiales, ignorantes de donde ella vendría ni cómo se había formado. Pero todos los que acompañaban á Wood, saben muy bien que, habiéndola él formado, era él quien la mandaba en jefe y á sus órdenes obedecía. Iba él colocado á su frente, y á unos cincuenta pasos adelante de su centro con casi todos los ayudantes del comandante en jefe, y también con su escolta, íntegra: y la conducía al son de ataque de todos esos cornetas y tambores que no existían ya para el coronel, según el señor Vicuña Mackenna.

Refiriéndonos ahora al segundo y tercer acápite trascritos, se ve que el coronel Arteaga vino del frente al encuentro de la línea en avance. Ello pudo muy bien suceder así, aún cuando no nos consta, y tenemos razones para juzgar al coronel en el valle á esas horas, pero queremos concederlo. Pues bien, si el coronel avanzó al encuentro de la nueva línea, es obvio que él no la había organizado, ni menos que la condujera, si bien pudo incorporarse á ella por la parte por donde lo hizo Benavides, sin que Wood pudiera distinguirlo ni aún mediante su propio anteojo, ni el coronel á éste, careciendo, como sabemos, de este auxiliar óptico.

Por lo demás, era materialmente imposible que el ayudante Wood fuera en compañía del coronel Arteaga cuando él se adelantó al encuentro de la nueva línea, por la muy sencilla razón de llevar Wood, entonces, una dirección diametralmente opuesta á la que, en el supuesto de ser cierto, traía el coronel en compañía de muchos jefes y oficiales, siendo digno de notarse que entre éstos, excepto Wood, no figura ninguno de los ayudantes de aquél. En esto, el señor Vicuña Mackenna es rigurosamente exacto: ninguno, y Wood tampoco, podía acompañar al coronel porque todos le habían abandonado hácia ya algún tiempo, é iban contra el enemigo cuando el coronel llevaba otra dirección.

Veamos ahora cómo el mencionado escritor, con un sólo rasgo de su pluma, quita al mayor todo el mérito que le corresponde por la carga decisiva de los granaderos.

“En esos momentos, dice, la valerosa caballería del alentado capitán Villagran, que regresaba lentamente del bebedero de Quillahuaza, á donde, peleó á bala por el agua, aparecía en una cercana loma. Nada le había sido posible emprender por la naturaleza del terreno y el lejano rodeo á que la busca del agua le obligaba en el lejano valle; pero apercibiéndola en el horizonte el coronel Arteaga, y, juzgando oportuno el momento, dió orden á su

ayudante, el sarjento mayor don Jorje Wood, para que fuera á ponerse á su cabeza como oficial de mayor graduación que el capitán que la mandaba.”

Si de esta suerte se escribe la historia contemporánea, ¿ qué fé puede merecernos la historia del pasado ?

Sébase, en definitiva, que si el ayudante Wood, de *motu proprio*, tomó el mando de los granaderos, no fué en absoluto en obediencia de orden superior, porque ya no las recibía; había renunciado á esperarlas, y las impartía por su propia cuenta, haciéndolas cumplir por lo crítico y extraordinario del momento porque en ese caso fué calurosamente aclamado por los mismos granaderos que le pedían los condujera. A más, no encontró oposición alguna de parte del apocado capitán Villagran, que en su derecho y en su deber se hallaba para impedirselo; y hubiera sido él, de seguro, el primero en respetar ese derecho si tan sólo hubiera insinuado el deseo, no decirnos la firme voluntad, de conservar el mando para sí.

No ha recibido el esforzado mayor otra orden del coronel Arteaga, durante todo el día en Tarapacá, que la que á última hora le impartió personalmente de renunciar á un postrer empuje de soldado y de abandonar el campo á nuestros enemigos por segunda vez vencedores en ese mismo día.

No basta tampoco la mayor graduación gerárquica para que se pueda asumir el mando de una tropa que reconoce sus jefes naturales; esta aseveración del señor Vicuña Mackenna, dictada por los falsos informantes, no resiste al criterio del último recluta que vista el uniforme.

Ni el mismo coronel Arteaga hubiera podido impartir una orden tan abusiva y tan injusta.

CAPÍTULO IV

Reaparición del enemigo.- Confusión de nuestras tropas.- Se prohíbe al mayor Wood ejecutar una nueva carga.- Perdida de la batalla por esta causa.- Las granadas de la artillería Krupp.- El coronel Arteaga se pone primeramente en salvo.- La retirada.

Empeñado el coronel Arteaga en ocultar su doble derrota de Tarapacá para reducirla á una retirada muy justificada, y aún á una victoria, dice en su parte oficial que todavía mantenían el fuego los nuestros, cuando él bajó al valle con el resto de la división para refrescarla, dejando con esto entender muy claramente que hubiera existido continuidad de combate hasta el momento en que *se nos vino á anunciar* (sic) que el enemigo reaparecía con sus reservas de Pachica.

Según dijimos más arriba, no fuimos avisados por nadie de nuestro campo de la reaparición del enemigo, porque fuimos tomados sorpresivamente por las descargas mismas de éste, que nos bañaban de arriba abajo.

¿Acaso había un sólo vigía, un centinela, ni fuerza alguna de avanzada en observación del enemigo?

Se refiere que fué muy grande la sorpresa del coronel al oír las primeras descargas. “¡Qué es esto! ¡qué es esto!” exclamaba. Nunca se le había visto tan animado.

Hallándose, entónces, á su lado su ayudante Wood, le contestó: “¡Qué otra cosa ha de ser, mi coronel, sino el enemigo que vuelve al desquite, reforzado con sus reservas, las que, Ud. no ignora, se hallaban en Pachica y quizás en marcha esta mañana!”

Desde aquel instante comprendió su situación y lo que debía esperársele: el coronel miró en él desde entonces un acusador justamente resentido de los desaires mortificantes de que le había hecho objeto, y cuyas consecuencias ya palpaba él mismo, arraigándose desde entonces en su ánimo la firme resolución de anularle y perderle...

Se había malogrado una espléndida victoria arrancada por Wood al enemigo vencedor; y éste reaparecía en el campo, reforzado con las divisiones Dávila y Herrera, sorprendiéndonos en el fondo del valle en el más completo abandono; venía al desquite rehecho sobre sus mejores batallones, de fresco, y en la confianza de que nuestra división se hallaría ya muy escasa de

municiones y con muchísimas bajas. Pero con lo que, de seguro, no contaba, sería con que le hubiéramos consentido plegarse en orden á sus reservas, y, menos que todo, con que le permitiéramos reaparecer en el campo de batalla sin estorbo alguno, á su entera satisfacción, estando los nuestros en el fondo de una profunda y estrecha quebrada.

Espantosa fué la confusión de los nuestros en ese momento. Todos procuraban ganar la altura para salir de aquel atolladero que los enemigos bañaban con un nutridísimo fuego. Los jinetes y artilleros corrían tras de sus cabalgaduras, que huían despavoridas por el valle; los infantes acudían presurosos á sus pabellones, y todos, en el más confuso tropel, á medio vestir algunos y sin orden ni formación, subían la escarpada ladera sin poder darse cuenta cabal de lo que pasaba.

Difícilmente podía ser más apurada nuestra situación, porque rechazándonos el enemigo por los dos extremos de Quillahuaza y Huaraciña, y con los dos escarpados farellones que forman la quebrada por nuestro frente y retaguardia, nos hallaríamos herméticamente cerrados y sin salida posible de aquella profunda hondonada. Y que á esto obedecía el plan de los contrarios, era evidente.

No había más remedio que ganar la altura á todo trance, afrontando á pecho descubierto el vivísimo fuego del enemigo, y así lo hicieron los maestros con su nunca desmentida bravura.

En la altiplanicie todo era confusión. Nadie dirigía el combate. Nuestros infantes iban agrupándose á medida que alcanzaban la cima, y hacían fuego en pelotones informes sin poderlo utilizar, al paso que el enemigo los diezmaba impunemente y á tiro seguro.

El mayor Wood, que á duras penas consiguió hacer trepar su cabalgadura por la empinada pendiente, describiendo prolongados zig-zags, comprendió al momento que aquello carecía de dirección, y, sin pérdida de tiempo, principio á hacer entrar en línea á los infantes, reuniéndose luego de ochocientos á mil hombres en formación, que contestaban el fuego del enemigo, y aún le mantenían á raya.

Cuando en esta operación se encontraba, divisó á alguna distancia un grupo de jinetes; eran el coronel Arteaga y su comitiva que aparecían en la altiplanicie. Notando que nada hacían, fuése allá y suplicó á los jefes le ayudaran á organizar la línea de batalla, en lo que en el acto fué secundado con mucha eficacia por los comandantes Toro Herrera y Santa Cruz.

En esos momentos el enemigo hacía descargas por secciones, con tanta precisión, que muchos observaron que aquello semejava las descargas de las

ametralladoras. Eran los cuerpos veteranos de las divisiones Dávila y Herrera que de refresco entraban en acción.

A esta nueva línea ó “guerrilla salvadora”, nó ya de la derrota pero sí del honor de la bandera, se le iba plegando toda la gente que del valle subía á la planicie y ya presentaba un frente muy respetable; aún, en breve, se consiguió desconcertar la línea enemiga que, no pudiendo resistir en formación unida nuestro fuego, hubo de desplegarse con precipitación y desórden.

En este favorable momento, ocurriósele á Wood ensayar una segunda arremetida con los granaderos, que á corta distancia se hallaban al abrigo de una depresión del terreno.

Fuése allá al galope y los granaderos al verle, como si adivinasen su intento, le victorearon con voces que significaban simpatía y confianza.

Se adelantó Villagran á su encuentro, y habiéndole dado á conocer su propósito, lo acogió, como en la primera vez, sin vacilación ni escusa.

Disponíanse ya los granaderos á ejecutar esta nueva carga en momento tan propicio, colgando sus carabinas para empuñar el sable, cuando quiso su mala estrella que se presentara por allí el coronel, interrogando á Wood sobre lo que se proponía hacer.

Respondió que iba á cargar sobre el enemigo; de lo que el jefe se mostró muy sorprendido, concluyendo por oponerse terminantemente y alegando que los caballos estaban gastados.

A esto, el mayor replicó que le constaba todo lo contrario, y que era visible el brio de los caballos, así como la buena voluntad de los jinetes, que sólo una carga habían ejecutado ese día, y ya se habían refrescado por primera y segunda vez y bebido á discreción en el valle.

El coronel, entonces, á todas vistas enfadado, encarándose con Villagran que allí permanecía, díjole con marcada intención: “¿No es verdad, capitán, que los caballos están gastados?”

La respuesta era de adivinarse. “Sí, señor, están gastados”, contestó el *alentado* capitán Villagran...

Sin más, el coronel le ordenó desistir, declarando inútil ese esfuerzo y necesario abandonar el campo.

En aquel mismo instante se acercó al mayor un oficial de apellido Cruzat, proponiéndole avanzar con dos compañías intactas y bien amunicionadas del 2.º de línea, que allí tenía reunidas, y que este avance se hiciera simultáneamente con una carga de los granaderos, como se había hecho en la primera faz de la batalla, pero no pudo complacer á este valiente oficial por el respeto debido á las órdenes del jefe.

Si el coronel no hubiera aparecido por allí en aquel momento, la carga se habría efectuado sin dada alguna, y, es seguro que sobre la base de las dos compañías del 2.º de línea, se hubiera organizado la resistencia y aún el ataque, y según todas las probabilidades, el día habría quedado por los nuestros. Había muchas municiones recogidas de los rezagados, muertos y heridos, y á esa sazón llegaban también algunas cargas con repuesto de ellas.

Algunos oficiales animosos se acercaron también al coronel pidiéndole solicitara el envío de refuerzos, á lo que se resistió siempre, diciendo que los enemigos eran siete mil.

Tomó el coronel el camino de Negreiros, seguido siempre de sus fieles acompañantes de la primera hora, menos sus propios ayudantes.

Siguióle también Wood y le dió alcance en cierto punto, donde se detuvo corto rato, observando el vano empeño del sarjento mayor don Exequiel Fuentes, en utilizar sus piezas Krupp contra el enemigo. Acercóse allí y notó que el coronel ordenaba cesar el fuego porque no se conseguía hacer llegar ninguno de los proyectiles á su destino, estallando las granadas á pocos metros de la boca del cañon ó en alto, sobre las cabezas de nuestros soldados esparcidos por la llanura.

¿Cómo explicar este percance?

Mucha fé tenemos en la inteligencia y denuedo del mayor Fuentes, por lo que nos ha sido imposible aclarar este punto. ¿Fallaría su ciencia en aquel momento? Y admitiendo esto, ¿faltaría allí quien salvara tal contrariedad? Por lo demás, ¿no habían esas mismas piezas, con los mismos proyectiles, desempeñado muy bien su rol durante el día, servidas por los mismos artilleros ?

En Antofagasta, en los primeros días de la guerra, se hizo un ensayo de los mismos proyectiles, es decir, de la granada con espoleta de clavo; varias de ellas hicieron explosión dentro del ánima de la pieza ó poco después de desalojarla; y después de mucho estudio y de maduro examen, ninguna otra cansa se descubrió que el indebido modo de colocar la granada al cargar la pieza, lo cual se corrigió. A aquellos experimentos ó ensayos asistía el entonces sarjento mayor Fuentes, que los presidía.

Gastados ó inutilizados los caballos de los granaderos, al decir del capitán Villagran, y, por alguna razón ú otra, inútiles las granadas de los artilleros, el coronel *se lavó* las manos y desde allí apuró el paso en su *retirada*, sin mirar para atrás, y no volvió á vérselo en el campo de batalla..

Horas más tarde el mayor Wood le encontró en el campamento de la víspera, en Isluga, cuando recién se despertaba de un buen sueño y se disponía á continuar su camino hácia Dibujó y Santa Catalina.

Resuelta por el coronel la retirada, fué, pues, él quien primero y el más adelantado la emprendió en ese momento, llevándose consigo á casi todos los jefes de cuerpos.

Indicaba todo aquello una verdadera *derrota*, más que una *retirada*, en el sentido técnico que el coronel le ha dado en su parte oficial.

Se comprende una retirada como operación táctica, en un ejército que la ejecuta al frente de su adversario, maniobrando siempre en perfecto orden y manteniendo á éste á raya, sin dejar atrás heridos, banderas, cañones ni nada, con todos sus jefes en sus puestos y su general dirigiendo las operaciones en la parte más difícil de su retaguardia, cubriendo porfiadamente la retirada de sus columnas mediante hábiles evoluciones, con sereno continente, como hay tantos ejemplos en la historia, y como lo hizo el mariscal Ney, duque de Elchingen en la retirada del ejército francés en Rusia, el año 1812. Allí, ese gran mariscal, verdadero soldado, con fusil en mano y mordiendo el cartucho en las últimas filas del ejército, daba bellísimos ejemplos de heroica firmeza y habilidad, dignos de la inmortalidad de su nombre.

Pero un comandante en jefe que abandona todo, heridos, cañones y banderas, adelantándose á sus tropas en la línea de retirada y haciéndose acompañar de todos sus segundos, dejando entregado á su propia suerte á su ejército, roto y disperso, no ha efectuado una *retirada*, tal como técnicamente debe entenderse; ese jefe ha *sido derrotado* á todas luces.

El mayor Wood y otros oficiales qué le acompañaban se encargaron de impedir las funestas consecuencias de esta defección del coronel; entre todos consiguieron calmar el espíritu de los soldados, haciéndoles conservar sus armas y emprender la retirada, tranquilos y en la confianza de que el enemigo no había de perseguirlos muy léjos del campo de batalla porque no tenía caballería.

Fué así como esa retirada, que pudo ser desastrosa, se efectuó ordenadamente, en cuanto el soldado no se abandonó á una fuga desesperada, arrojando sus armas y equipos, como siempre sucede en tales casos.

Examinemos, ahora, si el coronel Arteaga fué vencedor ó vencido en Tarapacá.

Refiriéndonos al enemigo, y diga de ello lo quiera la susceptibilidad patriótica de algunos, siguió su camino adelante hácia su objetivo, después de una noche de necesario reposo, sin ser molestado á su turno, aunque en

penosísima travesía, después de infligirnos doble derrota, pero, eso sí, cargando con una por su parte.

Dice el señor Vicuña Mackenna, refiriéndose á la retirada de los peruanos: “La desocupación del territorio disputado quedó completa. Y aún entre los peruanos se han contado críticos inteligentes que han atribuido la retirada de los que se llamaban vencedores á su propio pánico.” Cuando el coronel Suarez, jefe del Estado Mayor del Ejército se ocupaba en aprestar las seis únicas mulas que después de la fuga de las brigadas quedaban de servicio, pero desprovistas de armas de carga, dice el narrador Molina, sorprendióle en uno de los cuarteles otra noticia fatal comunicada por un arriero. El misterio oculta la denuncia. Sin embargo, debió haber sido terrible, pues el coronel Suarez sufrió una transformación extraordinaria. En el acto dió orden de levantar el campo, emprendiendo precipitadamente la retirada más inconveniente que registra la historia. ¿Qué había sucedido? Se cuenta que el siniestro mensajero dijo al oído al coronel Suarez: “Los chilenos descienden á la quebrada.”

Pero, decimos á nuestro turno, ¿qué otra cosa podía hacer á esa hora el coronel Suarez, cuál de los partidos que se le presentaban era el que le correspondía tomar, dada la situación en que se hallaba colocado? ¿Debía esperar á los chilenos para presentarles nueva batalla si reaparecían de refresco y reforzados, o poner en salvo cuanto ántes esas reliquias del ejército de la alianza?

Si no se hallaban en actitud de combatir, le era forzoso retirarse. Esto es obvio.

El objetivo obligado del enemigo era, naturalmente, Tacna y Arica, para rehacerse allí después de su descalabro de San Francisco. Aniquilado, escaso de víveres y municiones, sin caballería ni artillería después de esta batalla, nó otro razonablemente podía ser su supremo interés que rehuir todo encuentro con los nuestros y acercarse a su destino.

Pretender, como ciertos críticos *á la violeta*, que los peruanos fueran vencidos y nosotros vencedores por el solo hecho de no haber ellos emprendido la persecución de los nuestros en la tarde del 27, es discurrir sin criterio y dejar establecido que los peruanos quedaron victoriosos en San Francisco sólo porque no fueron perseguidos como debió haberse hecho allí.

Y á nadie puede en buena razón ocurrírsele que el ejército peruano, que de antemano tenía señalado su itinerario de marcha en retirada, fuese á alterarlo ó retardarlo en la vecindad de las líneas chilenas, ó empeñarse en una ciega persecución de la división vencida, después de un terrible y no esperado

combate, falto ya de víveres y municiones, compuesto su efectivo de escasa y mal traída infantería, mientras nosotros nos acercábamos por instantes á nuestra base y debía presumiese fuéramos de un momento á otro reforzados, como lo fuimos esa misma tarde por el general Baquedano en Dibujo, y tal como debimos haberlo sido mucho antes si el coronel Arteaga no desdeña la oportuna insinuación de su ayudante Wood.

Y no se crea que hacemos la defensa de los peruanos con daño de los nuestros. Nó, porque sólo nos anima el propósito de establecer la verdad histórica.

No tuvimos nosotros para qué combatir en Tarapacá.

“A enemigo que huye puente de plata”, dice el adagio. Los peruanos hubieran continuado su marcha á Tacna, con un día de ventaja, á no retardarles la batalla de puro embeleco á que se les obligó.

¿ Acaso fuimos allí por asegurar la posesión de la provincia de Tarapacá?

Pero, ¿qué obstáculo era para nosotros esa reducida fuerza, que iba buscando ávida su salvación fuera de nuestro alcance?

Hubiera bastado hostilizarla activamente con algunos jinetes, cortándole su línea de marcha en retirada por cualquiera de los pasos de Camiña, Tana, Tiliviche, etc., que teníamos al frente de nuestra línea de Pisagua á Santa Catalina, y con sólo eso, sin exponer un sólo hombre, privándola de todo recurso, hubiera tenido que buscar su salvación en una rendición discrecional, ó, en caso contrario, desbandarse para perecer entre aquellas agrestes serranías.

La provincia de Tarapacá nos pertenecía de hecho desde la fecha de nuestra victoria de San Francisco y la subsiguiente rendición de Iquique. La batalla del 27, propicia ó adversa, nada nos daba ni nos quitaba, y bien pudimos ahorrar la abundante sangre de chilenos que allí corrió por sólo el raro capricho de ir á aventurar por *donde el diablo perdió el poncho*, para que el coronel Arteaga, antiguo alumno de las aulas de Metz, viniera á demostrarnos que los soldados chilenos pueden ser dos veces derrotados por peruanos en un sólo día y en un mismo campo de batalla.

Por lo demás, la heroica firmeza y no menos heroica arremetida de los nuestros, causáronle al enemigo asombro y alarma á la vez; porque aún cuando de antemano conociera el metal y superiores cualidades guerreras del soldado chileno, bien comprobadas recientemente á sus propias espensas en Pisagua, San Francisco y Germania, se convenció en esta ocasión de que a

tales soldados no había de vencer, y, en efecto, después de Tarapacá nunca los venció, así como tampoco jamás los había vencido en ninguna época anterior.

Para terminar, digamos bien claro que el coronel Arteaga fué muy desgraciado en su bautismo de fuego, y que ni un sólo momento estuvo á la altura de su ciencia, de su rango y de su puesto.

CAPÍTULO V

Acuerdo de los jefes comprometidos para falsear los hechos.- Carta-interrogatorio del comandante Wood al coronel Arteaga.- La investigación.- Wood nombrado jefe de los “Cazadores del Desierto”.- Pérdida del expediente indagatoria.- Persecuciones al comandante Wood.- Postergación y olvido de este jefe.

De regreso á Santa Catalina, anduvo muy listo para prevenirse el coronel Arteaga, y su primera diligencia fué escribir al general Escala su famosa nota de 30 de Noviembre, destinada á calmar el espíritu del general en jefe, naturalmente preocupado por las muy alarmantes noticias traídas del campo de batalla por aquellos que lo abandonaron al pronunciarse la primera derrota. Hallábase entre éstos el alférez de artillería don J. Manuel Ortúzar, que fué el primero en traer á Dolores, vía Santa Catalina, la noticia de ese primer descalabro, ignorando lo que el ayudante Wood hiciera por tornarlo en victoria.

A juzgar por el tenor de la nota del coronel, parece que el general Escala alcanzara á increparle la derrota final antes de que se avistasen ambos jefes, y de que se pusiesen de acuerdo para disimular su magnitud y las faltas comunes que la motivaron. Dice así aquella pieza: “La jornada del 27 no ha sido desgraciada como V. S. lo cree: ha dado por resultado más de 800 muertos al enemigo y su precipitada retirada dejando bagajes, heridos, la artillería que abandonamos y una cantidad de ganado menor y mulas. Si nos retiramos fué porque nos faltaron las municiones y no podía hacerse otra cosa dadas las circunstancias”.

El general Escala, á su turno, afectando darse por muy satisfecho de noticia tan consoladora, se apresuró á tranquilizar al coronel y le envió la siguiente misiva muy apropiada para el efecto: “Quedo enterado de lo ocurrido en la jornada del 27. Tanto para V. S. como para cada uno de los jefes, oficiales y tropa, que tanto han enaltecido el valor chileno y dado á la patria un día más de gloria, mi profunda gratitud y mis más sinceras felicitaciones....”

Pero mientras se cruzaban estas tranquilizadoras palabras entre los dos jefes más directamente responsables de la descabellada expedición y de sus resultas, crueles zozobras atormentarían sus espíritus ante la idea del efecto que la verdad de lo ocurrido debía producir en Chile, por lo cual todos se pusieron á la obra sin perder tiempo ni ahorrar diligencia que tendiera á conjurarlo.

Si el coronel Arteaga se había mostrado calculadamente ambíguo y sobrio hasta pecar de avaro en la redacción de su parte oficial de la batalla,

procurando, sin duda, conciliar los naturales escrúpulos de su honrada conciencia con su crédito de soldado de educación europea, los jefes de cuerpos ó de divisiones, con muy rara escepción, se encargarían de salvar esos inconvenientes, aclarando las partes dudosas ó ambiguas, en provecho propio ó de su jefe, al redactar, á su vez, sus respectivos partes, hechos, rehechos y confrontados á lo infinito hasta hacerlos arribar á la más perfecta uniformidad en aquel sentido.

En seguida, se redactó el boletín del general en jefe dirigido al Supremo Gobierno, también en Santa Catalina, en el mismo gabinete tenebroso en que á la luz ténue de un candil de sacristía, se celebraban los conciliábulos entre todos los jefes comprometidos y más ó menos solidarios en la responsabilidad de lo acontecido.

Esta pieza, por cierto, debía amoldarse á todas las demás, las que resumía, pero no ya al parte del coronel Arteaga, que se dejó á un lado porque adolecía del notable inconveniente de dejar en tela de juicio y muy oscuras algunas cosas que no podían quedar sin esplicación.

Para nada, absolutamente para nada, figuraba ya el sarjento mayor don Jorje Wood en el boletín del general en jefe. Ni siquiera se le reconocía la dirección de la carga de los granaderos, y se suprimía también, sin ningún miramiento, la particular honrosa recomendación que en su parte no pudo negarle el coronel.

La metamorfosis fué completa. Los jefes de divisiones y de cuerpos, á quienes, por alguna razon, el coronel había creído honrar mucho dejando tranquilos sus nombres en el fondo del tintero, aparecían ahora resplandecientes de bélico heroísmo. Se les encomiaba pomposamente por la oportunidad con que *secundaron al coronel en sus muy atinadas disposiciones de combate* y por *el ejemplar denuedo con que se exhibieron al conducir los suyos al fuego*.

A su turno cada uno de los jefes de divisiones ó de cuerpos, cuidó de estampar en su parte la frase sacramental y significativa, y que parecía obedecer á una sola voz que le dictara. “La nueva línea que V. S. formó y condujo”, etc., ú otras parecidas.

El parte del capitán Villagran apareció el último, sin fecha y diciendo con el más cínico desenfado: “Poco antes de las tres de la tarde recibí orden de V. S. por intermedio del ayudante de campo, sarjento mayor don Jorje Wood, de dar una carga con la compañía de mi mando. En el acto di las órdenes necesarias y como á 200 metros del enemigo ejecuté dicha carga...”

Por lo demás, y para que nada quedase por hacer, se envió oficiales á Chile, con licencia ó en comisión, pero bien aleccionados *ad hoc*, que llegaron á Valparaíso al mismo tiempo que el boletín de la batalla y la correspondencia

privada, que con extraordinaria profusión se hizo circular por todo el país, destinada á hacer la misma propaganda.

A los corresponsales de la prensa en campaña se les permitió esta vez calcar sus correspondencias sobre el mismo parte oficial, para que no fueran á decir una cosa por otra. Estas correspondencias vieron la luz pública en Chile antes de que se publicase el boletín oficial.

De esta manera, y por medio de otros resortes ilícitos, se engañó descaradamente al Gobierno y al pueblo entero.

Por lo que hace al ayudante Wood, sus hazañas quedaron completamente desmedradas, y falseado su mérito cuando nó atribuído á otro jefe. Así, la idea de la concentración se le reconocía al comandante Vergara, quien la concibió *tarde*, la organización de la línea ó guerrilla se le cuelga al coronel Arteaga o al comandante Benavides; y la brillante carga de los granaderos queda reducida á la simple ejecución de una orden superior que nunca fué dada. Todo era preciso desconocerlo para no conceder el mérito de aquella combinación táctica, concebida y ejecutada por Wood, que nos dió la victoria en la primera hora de zozobras.

Naturalmente, se salta como por sobre áscuas el interesantísimo incidente del prisionero de Huaraciña, y la última tentativa del mayor para ejecutar una segunda carga, como también la manera como fué conducida la retirada de los nuestros; lo único que á este respecto se nos dice, es que el coronel Arteaga fué á hacerse matar y que hablando *á solas* con el capitán don Manuel Moscoso, le dejó sus últimas disposiciones de combate...

En otra parte aparece también como un esforzado caudillo *que dá órdenes*, y que pasea su intrepidez de un extremo á otro de la línea de batalla fumando tranquilamente su cigarrito en medio del humo, el fuego y el plomo; lo que no le impide mandarse cocinar una suculenta cazuela en el fondo del valle, mientras los combatientes se disputan aún la victoria en la alturas.

¿Qué extraño es, pues, en vista de todo esto, que el Congreso de Chile le ascendiera sin vacilar á coronel efectivo en el escalafón del ejército?

Más, para el verdadero héroe en la dolorosa jornada á que acabamos de pasar revista, sólo se reservaron postergaciones y olvidos.

Para hacerle más mortificante los desaires, fueron ascendidos oficiales del mismo grado que Wood cuando ni siquiera habían dejado las comodidades del hogar durante toda la guerra.

Cuando los ejecutores del sombrío complot hubieron partido para Chile, respiraron los jefes de la expedición en la confianza de que ya nada tenían que temer porque nunca se sabría la verdad.

Volvía el cuartel de Santa Catalina á su lúgubre monotonía habitual, con sus misas, mandas y comuniones cotidianas. No se veía allí un tratado de estrategia ni siquiera un mapa del país enemigo ó del teatro de la guerra, pero había, en cambio, misales é incensarios. El general Escala se mantenía apartado de todos, pero en constante inteligencia con el capellan Fuentecilla y con el padre Madariaga, sus favoritos y confidentes.

Todos los oficiales languidecían allí en mortal aburrimiento, agobiados por la inercia. Era su única distracción oír la misa del general en jefe, devoción á que nadie podía faltar so pena de atraerse el desagrado de aquél.

Por lo que hace á la disciplina y á la moral de aquel ejército, son muy conocidas: en su rara benignidad, á veces mal empleada, el bravo manco de Loncomilla parecía olvidarse de sí mismo, de su rango y de su responsabilidad. Había contraído la costumbre de andar estrechando la mano á los soldados, prestando atento oído á sus murmuraciones contra sus superiores, y creyendo en su sana conciencia hacer obra buena y santa, iba perdiendo fatalmente al ejército y algo más: la suerte misma de Chile.

Hallábase el general Escala, completamente beatificado, y, aún cuando no oraba sobre la cruz de su espada á usanza de los caballeros de antaño, menos precavido que Cromwell al paso del rio, hubiera consentido en mojar la pólvora á trueque de mantener enjuta la imagen del Carmen.

Por suerte, las cosas tomaron otro giro con la renuncia del general Escala y con presentarse á su frente el resuelto general Baquedano que, con sólo afianzar con mano firme la disciplina y lanzar al aire aquella palabra mágica de los hombres de acción en la guerra y el trabajo “¡Adelante!” hizo surgir la victoria por doquier, sin más solución de continuidad que el aciago día de la Concepción, en cuyo punto, sin embargo, un puñado de bravos chilenos, de los mismos dos veces vencidos en Tarapacá, demostraron cómo saben mantener el honor de las armas cuando no tienen á su frente un capitán que les ordene huir...

Muy pocos días después del regreso de Santa Catalina, deseando el mayor Wood que se definiera con testimonio de persona autorizada la participación que le cupo en la jornada de Tarapacá, dirigió al coronel Arteaga una carta muy respetuosa en que le suplicaba, en virtud de las justas razones en ella aducirlas, se sirviera rectificar su ambiguo parte oficial de la batalla y contestar al tenor de un interrogatorio que le incluía, y que estaba concebido

en los siguientes términos, versando sobre tres puntos capitales, correspondientes á las tres fases de la acción:

1.º Sobre la temprana y muy oportuna advertencia que, antes de iniciarse la batalla, le hizo en orden á que contuviera el avance de las divisiones sobre el campo enemigo, y las concentrara;

2.º Respecto á que declarara cómo fué que de su propia iniciativa (de Wood) y nó de orden del coronel ni con intervención de éste, contuvo los dispersos de toda la división en derrota, los reorganizó en una nueva línea y condujo ésta al fuego, consiguiendo arrancar la victoria al enemigo vencedor, mediante una acertada combinación táctica de las tres armas;

3.º Sobre el hecho, muy importante, de habersele impedido conducir sobre el enemigo una segunda carga con los granaderos á caballo, en la última faz de la batalla, cuando se volvió á pronunciar el desbande de los nuestros con motivo de la sorpresa que nos trajo el enemigo, vencido, pero reforzado después con sus reservas escalonadas el Pachica.

Como era de esperarlo, el coronel nunca contestó, disculpándose siempre con sus ocupaciones...

Este documento tiene una importancia capital, porque evidencia que desde la primera hora y con fundadas razones el ayudante Wood ha reclamado de la ocultación que se hacia de su desempeño en Tarapacá; y porque el mutismo obstinado del coronel demuestra la absoluta incapacidad en que se hallaba de dar á aquella pieza una contestación justiciera y categórica, sin que hiriera á fondo sus propios intereses y los de los demás comprometidos en la fatal espedición.

En uno de esos días de matador aburrimento en la inacción de Santa Catalina, fué cuando vino á sorprender á Wood un incidente inesperado, que dió lugar á que, á petición suya, se instruyera una formal investigación sobre la parte que le cupo en la batalla de Tarapacá, cuando ya se había designado á olvidarlo todo, desde que el coronel Arteaga se había obstinado en no contestar á su carta interrogatorio.

El sarjento mayor don Belisario Villagran, hermano carnal del capitán de granaderos don Rodolfo Villagran, y que ni siquiera había asistido á la batalla. pero muy celoso del orgullo guerrero de su estirpe, se presentó una mañana en su oficina del cuartel general pretendiendo que él, Wood, debía desmentir la voz corriente en el campamento que le hacía aparecer disponiendo y conduciendo la carga de los granaderos de su hermano, después de haberles sujetado en su fuga del campo de batalla.

Sorprendido de tan audaz pretensión sobre un hecho demasiado público y notorio, despidió perentoriamente de su oficina al mencionado oficial.

Pero éste se presentó al siguiente día con un escrito al cuartel general pidiendo su declaración juramentada sobre aquel suceso. Pudo el mayor Wood negarse por no estar Villagran revestido de personería para representar á su hermano, allí presente, pero, no obstante, deseoso ya que se le provocaba, de que se hiciese completa luz, prestó declaración afirmando sus dichos en debida forma, y pidiendo que la investigación se hiciese extensiva á los demás puntos relacionados con su desempeño durante toda la batalla, asignando á la carga de los granaderos sólo una importancia secundaria.

Se accedió á su pedido y luego presentó sus testigos, que indudablemente fueron examinados.

Seguía la indagatoria su marcha regular, cuando se apercibió el cuartel general del fin que iba á tener y se despertaron sus recelos.

Reuniéronse, entonces, casi todos los jefes comprometidos y se urdió un plan de defensa anticipada pero como la presencia de Wood era un estorbo para sus manejos, se le envió en fingida comisión del servicio, lejos del cuartel general, á la solitaria aguada de Dolores, con tal aparato y misterio que dejaba á todos sospechar que fuera enviado en castigo de algo muy grave, que no podía decirse...

Para guardar las apariencias, se nombró un jefe diciéndose á Wood que aquél debía acompañarle y que en tiempo oportuno le haría saber la naturaleza de su comisión secreta, al paso que para todos los demás jefes era el encargado de conducirlo preso; y por cierto que hacía muy bien su papel de esbirro, para el cual se prestó voluntariamente. (Fué éste el coronel don Gregorio Urrutia.).

Pasaron algunos días, y habiendo partido su conductor sin dejarle instrucciones de ninguna especie, bien persuadido de que se le hacía víctima de una superchería tan cruel como humillante, regresó al cuartel general.

Al presentarse allí, no pudo menos de notar el mal disimulado encono del coronel Arteaga. El general Escala se esforzaba por ocultar la impresión que en su conciencia le causaba el papel que se veía precisado á desempeñar en perjuicio de uno de sus subalternos por quien tenía el mayor aprecio y confianza.

No se había desperdiciado el tiempo durante la ausencia de Wood.

La atmósfera pestilente de intrigas solapadas que allí se respiraba, concluyó por abatirle, y obligarle á abandonar aquel sitio para no autorizar con su presencia los manejos que se tramaban en su daño.

Partió con licencia al puerto de Pisagua, donde á la sazón se encontraba don Rafael Sotomayor, ministro de la guerra en campaña. Parece que este ilustre hombre de estado conociera ya mucho de la verdad de lo acontecido en Tarapacá, y, para mejor informarse, le hizo llamar á bordo de la “Abtao”, nave en que se hallaba hospedado.

Hízole una franca y verídica relación de todo. Al despedirse del ministro, éste le hizo saber que había solicitado para él el comando del batallón movilizado “Cazadores del Desierto”.

No era ésta una señal de aprobación por su conducta en Tarapacá de parte del Supremo Gobierno, ni ménos una recompensa: era simplemente un ascenso, mucho antes solicitado para él por el general Escala en atención á sus servicios prestados en Cobija, y que sólo ahora se le confería en sustitución de otro jefe que pasó á desempeñar nuevo destino.

Se cumplían sus deseos de apartarse del cuartel general y de ponerse al frente de un cuerpo de tropa que le fuera permitido preparar para conducirlo contra nuestros enemigos; pero no pudo ocultar al señor Sotomayor la repugnancia con que iba á asumir la jefatura de un cuerpo que era la vergüenza del ejército expedicionario por su notable pié de indisciplina. Replicóle éste que precisamente por esa razón se había fijado en él para proponerlo, porque ese cuerpo necesitaba un brazo vigoroso para corregirlo.

Meses después, quiso su desgracia que falleciera aquel hombre ilustre dejándolo sin protección alguna á merced de sus implacables enemigos. Cúpole en suerte rendirle el último tributo de respeto y admiración, cumpliendo el triste deber de recibir en Ite sus restos mortales y de hacerle los honores correspondientes á su alto rango, antes de embarcarlos con destino á Chile.

Con respecto al espediente, no descuido de informarse de su marcha cuando partió para su nuevo destino. Su amigo don Roberto Souper le escribió á Iquique en estos términos: “Al fiscal Larrain le pregunté otra vez por el espediente: me dijo que estaba ya finalizado, pero, por lo que me divulgó, entiendo que han hecho una especie de compromiso quedando todas las partes bien ...”

¿ Qué compromiso sería aquel, según el cual *todas las partes quedaron bien*, y en el cual Wood, el principal interesado, no había intervenido, siendo que él mismo había promovido la investigación ?

Vamos á verlo.

Vino luego la campaña de Tacna y después de la batalla del 26 de Mayo, consiguió reunirse al cuartel general del Ejército y ponerse al habla con

el fiscal, que lo era el sarjento mayor don Francisco Larrain Gandarillas, ayudante del general Baquedano.

Supo por éste que todo había salido tal como Wood lo pretendió, y algo más, porque resultó que el capitán Villagran ni siquiera le había acompañado en la carga, como él lo creía, sino que se quedó atrás, á medio camino, por que se le *empacó* su caballo de batalla. Así lo declararon algunos testigos que vieron á Villagran detenido en el camino y otros a quienes él mismo lo había referido...

¡Qué tal el chasco para la estirpe guerrero de los Villagranes, que con empeño más loable que prudente y discreto, había comprometido el sarjento mayor don Belisario!

En vista de ésto, ya puede comprenderse que mientras el espediente existiera no se conseguiría que *las partes quedaran bien*, y que por tanto era forzoso arbitrar algún medio que salvara la dificultad.

Participóle también el fiscal Larrain que, habiendo terminado la indagatoria, había entregado el espediente al archivo del cuartel general. Fué Wood allá, sin pérdida de tiempo, deseoso de instruirse de todos sus detalles, y de que se le notificara en debida forma el resultado de esa investigación tan interesante y que á él sólo pertenecía.

Sucedió que en la oficina del Estado Mayor, en Tacna, estaban empleados dos miembros de la familia Villagran, ámbos hermanos carnales del capitán de granaderos don Rodolfo Villagran, y eran éstos el sarjento mayor, primer ayudante, don Belisario ya conocido, y el capitán don Francisco Villagran, encargado del archivo de la misma oficina.

Fuése en derechura á ver al coronel don José Velasquez, jefe del Estado Mayor General, pidiéndole el espediente, y éste lo mandó en el acto donde el primer ayudante, el mayor Villagran, quien le envió á su turno donde el archivero, el capitán don Francisco; el cual, por último, lo desahució sin remisión, escusándose con la mayor frescura y descaro con que no podía complacerle *porque aquellos antecedentes se habían perdido*...

Hé aquí explicada la manera como *todos quedaron bien*, excepto el desgraciado mayor Wood.

Desde la ocultación ó destrucción del espediente, recrudecieron las persecuciones en contra de éste. No podían sus enemigos perdonarle la gloria de que se cubrió en Tarapacá, é hicieron todo lo posible por oscurecerla, porque la divulgación exacta de los hechos, podría traer por consecuencia el desprestigio y deshonor de los comprometidos en la culpable derrota.

Distinguiéronse por su tenacidad los miembros de la familia Villagran. Con paciencia y entereza le fué forzoso sobrellevar las inauditas mortificaciones con que le agobió el general don José Antonio Villagran, padre de los oficiales ya nombrados, cuando su batallón fué destinado á formar parte del ejército de reserva. Lo mismo sucedió cuando se adoptó la estraña medida de incorporar los “Cazadores del Desierto” á la 4.^a división del ejército de operaciones, mandado por el coronel don Orozimbo Barbosa.

Con ese jefe había ligado anteriormente al comandante Wood una estrecha amistad, que por desgracia se había enfriado á causa de una mala inteligencia acerca de los medios que hubo de poner en práctica para reformar el batallón “Cazadores del Desierto”, que en tan lamentable pié de disciplina había recibido y que Barbosa había mandado ántes que él.

La mano negra de sus enemigos, llegó hasta el extremo de suscitarle toda clase de dificultades en su desempeño como jefe del mencionado batallón. Desde el momento de asumir el mando, creyó conveniente su disolución para reorganizarlo bajo la misma base, con el objeto de espulsar de sus filas algunos elementos incorregibles de desórden. El señor Sotomayor halló justa esta indicación y decretó que se sometiera ántes este cuerpo á una revista de inspección, tal como Wood lo había pedido. El decreto fué transcripto al general Villagran en Iquique, pero, aún cuando se nombró un inspector, éste nunca cumplió con su cometido, de modo que el nombramiento no tuvo más objeto que salvar las apariencias. Cansado ya de esperar dirigió al jefe nombrado la siguiente nota:

“Iquique, Febrero 20 de 1880.- Estoy muy bien informado de que el batallón de mi mando debe partir muy en breve á expedicionar en el interior de este país, y como por decreto del señor Ministro de la Guerra en campaña se ha dispuesto se le pase una revista de inspección, que debe preceder á la disolución del cuerpo para reorganizarlo sobre su base, juzgo necesario indicar á V. S. la conveniencia de que esa operación se verifique ántes de la partida, porque es muy de desear se me establezca una base más segura para mi futuro gobierno y mi responsabilidad de comandante de él. Hay algunos señores oficiales que es de muy urgente necesidad separar del batallón; deshonran al país y al ejército con su conducta anti-militar, viciosa é incorregible, y su estadía en el cuerpo es infinitamente más perjudicial que útil, y saliendo con ellos á campaña me han de crear situaciones muy difíciles y obligadas á continuos desagradados para todas las superioridades”.

Esta exigencia tan justa no fué atendida.

¿ Qué interés podía haber en que esos oficiales se conservaran en el cuerpo mandado por el comandante Wood? No era cosa de diaria ocurrencia durante la guerra que á los jefes de cuerpo se les atendiera con prontitud en

casos iguales? Y qué otra cosa podía hacerse á no ser que se tuviera en mira el propósito arraigado de envolver al jefe de los “Cazadores del Desierto” en continuos conflictos que concluyeran por hacerle insostenible? No era de pública notoriedad la conducta vergonzosa de esos oficiales y también el empeño de Wood por corregirlos ó desprenderse de ellos? No es un hecho significativo que todos esos oficiales han desaparecido del rol, habiéndoseles espulsado á casi todos, muy pronto, después de haber pasado á otros cuerpos?

Pero si el general Villagran se había obstinado en desatender sus justas reclamaciones como jefe de cuerpo, no fué más afortunado en el ejército de operaciones, insistiendo siempre en el mismo sentido, con motivo de los abusos escandalosos en que los referidos oficiales continuaban incurriendo diariamente; pero es de rigor declarar aquí que si el señor general Baquedano no atendió á sus reiteradas instancias para que se le libertara de aquellos, fué debido únicamente a que sus notas nunca llegaron á poder del general (!!!). Esto está averiguado perfectamente y con facilidad puede probarse. Por lo demás, ya sabemos cómo y por quiénes la oficina del Estado Mayor se hallaba servida.

Mientras tanto, la disolución del cuerpo se trabajaba en Santiago, sordamente y por diversos conductos, contra la voluntad del general Baquedano, á quien la consumación del hecho sorprendió desagradablemente.

El batallón fué, pues, disuelto, pero nó para reorganizarlo, como era natural que se hiciera, sino para extinguirlo, refundiéndlo en los demás cuerpos de la 4.^a división del ejército de operaciones. Mucho se trabajó para privar á Wood de su mando, escogiéndose el momento en que ese cuerpo, con excepción de los malos oficiales, se encontraba acabadamente organizado y como ninguno preparado para la guerra

Procurando el comandante Wood inquirir la verdadera causa de la sorpresiva disolución de su batallón, nunca pudo conseguir que se le diese terminantemente. El señor José Francisco Vergara, Ministro entonces de la Guerra, le contestó en términos altamente honrosos para su amor propio de soldado, pero explica esa medida por *las necesidades del servicio*; y sabido es que mientras tanto se formaban apresuradamente nuevos cuerpos para emprender la campaña sobre Lima, entre los cuales seguramente ni uno sólo hubiera podido compararse á los “Cazadores del Desierto”, por su pericia y disciplina.

A su vez, el general Baquedano, contestando sobre el particular, se expresa así: “No me queda recuerdo sino de su brillante conducta en las batallas y de su celo y contracción al cumplimiento de sus deberes como comandante de cuerpo. No fuí yo, y Ud. lo sabe muy bien, quien disolvió los “Cazadores del Desierto”. Me opuse siempre á la adopción de esa medida

porque la consideraba inconveniente é injusta, sobre todo después que ese batallón hubo peleado con tanto heroísmo en el “Alto de la Alianza”.

Aún el general Escala, ante quien mucho se trabajó por conseguir su disolución, se había negado á ello tenazmente, calificando esa disposición como *el paso más impolítico que podía dar un gobierno*.

Es justo decir aquí dos palabras en honor de ese batallón, tan digno de mejor suerte.

Puede decirse que nunca hubo un cuerpo tan indisciplinado y desorganizado, que en tan breve tiempo sintiera los benéficos efectos de una reforma enérgica, impuesta con muchas dificultades.

En el momento de su disolución, era ya proverbial su brillante pié de disciplina y su ejemplar compostura en los campamentos. Cuando el comandante Wood se recibió de él, traía un feo apodo que el ingeniero Bonquet, su segundo jefe, traducía por “Los Céfiros del Desierto”, apodo que pasó muy pronto á ser el merecido distintivo de otro cuerpo vecino. Y es del caso dejar aquí constancia de que esa sorprendente metamorfosis, en tan corto tiempo alcanzada, se operó sin que Wood se viera obligado á hacer aplicar no más de tres veces la pena corporal en su batallón.

Las obras ejecutadas por los Cazadores en el campamento de Dolores, hubieran bastado por sí solas para enaltecer á un jefe ante la consideración de sus superiores.

Allí están todavía. Ellas atestiguan sus esfuerzos por corresponder á la confianza de quienes pusieron ese cuerpo bajo su mando. Esas obras se ejecutaron, cierto es, sin estrépito de bombo, y sin ese aparato de publicidad que otros ensayaron de continuo para hacer llegar hasta Chile, con ridícula exageración, cualquiera nimiedad, tributándose aplausos por paniaguados escritores, hasta á los grotescos juegos de títeres, siempre inmortales, y casi siempre ofensivos á la disciplina misma. Lejos de entregarse á entretenimientos pueriles, los “Cazadores del Desierto”, sin desatender una sólida instrucción militar, ejecutaba una obra colosal transformando un extenso calichal en vasto campo de maniobras, al mismo tiempo que erigía un monumento en honor de los que cayeron en la batalla de Dolores, y construía también cómodos cuarteles para el alojamiento de los otros cuerpos que se entretenían en frivolidades mientras carecían de abrigo, no teniendo más que sus propios pabellones para guarecerse contra el sol abrasador del día y el frío glacial de la noche.

Fué, pues, un constante y útil trabajo, unido á la seriedad en el mando y un apego inalterable á los principios de justicia, lo que originó aquella sorprendente transformación en los “Cazadores del Desierto”.

Disuelto este cuerpo en plena campaña, en el campo raso de Pachía, en virtud del supremo decreto de 14 de Agosto de 1880, transcrito por el señor Inspector General de la Guardia Nacional, coronel don Luis Arteaga, privándose á Wood de improviso del concurso de su dotación de oficiales y clases, pudo éste, no obstante, burlar estas contrariedades y hacer en muy pocos días la liquidación de las cuentas y el total ajuste de todo el batallón hasta el último tambor por muchos meses de sueldos devengados, según lo hizo presente al señor Inspector General del ejército en nota de 17 de Diciembre, antes de partir sobre Lima. Depositó en Comisaría un sobrante á favor del Fisco de 11,900 pesos y nunca se oyó decir de un individuo de “Cazadores del Desierto”, que no se hallara plenamente satisfecho del ajuste de sus sueldos durante el tiempo que Wood fué su comandante.

Es necesario aclarar también que aunque este jefe hizo los ajustes, no todos los soldados fueron pagados, porque entregó los haberes respectivos á los habilitados de los cuerpos en que fueron incorporados los individuos del batallón disuelto y que ya estaban en campaña sobre la capital peruana. Pudo Wood comprobar más tarde, con dolor é indignación, que hubo cuerpos en que no se pagaron esos sueldos, dándose así lugar á murmuraciones malévolas en su contra.

¿Por qué razón esos abnegados servidores de la patria no fueron remunerados por aquellos á quienes correspondía pagarles?

Sébase que si hay aún individuos del extinguido batallón “Cazadores del Desierto” insolutos de sus haberes, de ello son causas únicamente los nuevos jefes bajo cuyas órdenes pasaron á servir después de la disolución del cuerpo.

Para apreciar debidamente lo que significa el pago en aquellos momentos, es menester compararlo con otros, que en medio de todas las comodidades apetecibles, con toda la dotación completa de oficiales y clases veteranos, han agitado el bombo á todos los vientos envaneciéndose sus jefes por la tardía liquidación que al fin pudieron hacer de sus cuentas, en Chile, en plena paz, después de años de afanes, bajo la dirección de un inspector y de empleados comisionados *ad hoc*.

No hablemos de la manera como otros cuerpos han cerrado sus cuentas al ser disueltos, terminada que fué la guerra. (Hay cuerpos de línea que hasta Enero de 1889 no podían todavía atinar á hacer la liquidación de sus cuentas. A otros ha sido necesario darles un *corte*.)

También hizo Wood valiosos ahorros al Erario Nacional por el arbitrio que ensayó con buenos resultados, de habilitar talleres de sastrería y zapatería en el campamento, desde que se apercibió de la mala voluntad manifestada por el general en jefe del Ejército de Reserva para con su cuerpo; porque, constándole su desnudez, hizo, sin embargo, entregar á otro cuerpo el vestuario y calzado que el Intendente General del Ejército y Armada, por un acto de particular deferencia á la vez que de rigurosa justicia, había remitido desde Valparaíso á Pisagua, destinado expresamente y rotulado para el batallón “Cazadores del Desierto”...

La disolución de este cuerpo en la forma y bajo las circunstancias en que tuvo lugar, no podía, por cierto, ser un golpe más hiriente para su jefe, á la vez que un triunfo para sus ocultos enemigos, que con tanto afán lo habían perseguido desde tiempo atrás.

Es así que cuando, después de la ocupación de Lima, el ilustre general Baquedano, deseoso sin duda de reparar de alguna manera tan inmerecido como inesperado golpe, le llamó á su presencia para proponerle el mando del batallón “Chacabuco”, cuyo jefe regresaba herido á Chile, su escusa no se hizo esperar. “Señor general, le dijo, cuando un jefe, militar de honor, no ha sido mejor tratado, habiendo mandado un cuerpo de la manera como yo he mandado los “Cazadores del Desierto”, ese jefe no puede, de grado, aceptar el mando de ningún otro cuerpo”.

Antes de terminar este opúsculo, para lo que nos ha guiado un espíritu de justicia hácia un distinguido jefe de nuestro ejército, como también nuestro amor á la verdad, quisiéramos lisonjearnos con haber desvanecido toda sombra que pudiera empañar la conducta y desempeño, durante toda la guerra, del héroe de Tarapacá.

La envidia y el odio nunca conseguirán que se abata su frente.

Su conducta, tanto pública como privada, fué irreprochable durante toda la contienda, cual corresponde á un caballero oficial que respeta su uniforme, su bandera y á sí mismo. Ahora, si las bajas pasiones que medran en todos los ejércitos han podido cebarse en su reputación con ciega tenacidad, allí están para vindicarlo victoriosamente los honrosísimos conceptos con que le distinguieron las más encumbradas categorías del ejército en campaña.

La mano negra de sus enemigos ha hecho lo posible por hundirlo. Apenas han dejado el más leve resquicio, la más fútil insignificancia sin emplearla en su daño. Así debe sospecharse, sobre todo, en vista de las palabras del Ministro de Guerra en campaña, señor José Francisco Vergara,

cuando contestando á una carta de Wood en que éste procuraba descubrir la causa de la postergación tan cruel como innecesaria que le infirió el gobierno de don Anibal Pinto, dice:

“ ... Por lo que á mí toca, puedo afirmar en la forma que Ud. crea conveniente, que cada vez que tuve algo que hacer con Ud. lo encontré fácil y perfectamente dispuesto á servir...”

¡Dispuesto á servir! ¿Y cuándo, por ventura, durante toda la guerra, día por día, hora por hora, minuto por minuto, no estuvo Wood fácil y perfectamente dispuesto á servir?

¿Y quién lo estuvo más que él?

Nunca se asoció tampoco á esa propaganda de discordia entre los elementos civil y militar, al frente del enemigo, que por algunos se hacía arrogándose la facultad de hablar á nombre del ejército, lo que introdujo la cizaña en los campamentos y una profunda perturbación en la marcha de la guerra.

Nó, porque él salió á campana para combatir contra los enemigos de Chile, y nó para abrir discusiones ni para alistarse en ningún otro bando ó partido que en aquel que le estaba muy claramente indicado por las rigurosas leyes de la disciplina militar.

Nos hemos extendido en todos estos detalles subsecuentes de la batalla de Tarapacá, para dejar en claro la conducta irreprochable del comandante Wood durante toda la guerra, y los inicuos manejos de sus enemigos para desconceptuarlo y hacerle perder su prestigio destruyendo su carrera militar.

Tenían en él un acusador formidable que era preciso reducir á la impotencia, y no podían conformarse con que sus brillantes conocimientos en táctica inflijieran tan ruda lección á jefes notables por su educación europea, y que en la quebrada de Tarapacá se distinguieron por su inepticia, y por su absoluto desprecio por la suerte del soldado.

Era necesario que esa voz enmudeciese, y se consiguió durante largos años por medio de los resortes del rigorismo militar y por la subordinación que es la base de la institución del ejército.

Las persecuciones no escasearon, llegándose hasta el extremo de aprisionar en un castillo al valeroso Wood, relegándosele al mismo tiempo al olvido, y postergándosele en todas ocasiones por oficiales que debían sus galones á la bajeza y á la intriga.

De esta manera se ha logrado castigar como un delito la heroicidad y arrojo de un oficial distinguido, por que sus hazañas constituían un baldón para los que se dejaron derrotar por la imprevisión y torpeza de ellos mismos.

Puedan estas páginas, escritas al correr de la pluma y según la evocación de los recuerdos, contribuir al esclarecimiento de una acción de guerra como la de Tarapacá, sobre la que se ha echado un velo engañoso, para ocultar las ineptitudes, y el valor de un jefe meritorio, en uno de los episodios más críticos del drama del Pacífico.

INDICE

DEDICATORIA.....	2
INTRODUCCIÓN.....	3
CAPÍTULO I.- Preliminares de la batalla.- Falta de concentración de la división expedicionaria.- Impericia de su jefe.....	4
CAPÍTULO II.-Actitud pasiva del coronel Arteaga.- Determinación repentina del ayudante Wood.- Toma por su cuenta la dirección de la batalla.- La artillería Krupp.- Ardides de guerra.-La <i>guerrilla salvadora</i> .- El coronel Arteaga abandona el campo.- Avance de la línea.- Los granaderos y su capitán Villagran.- La carga.- Derrota y dispersión del enemigo.- En el cuartel general.....	13
CAPÍTULO III.- Falsedades del boletín oficial.- Descuidos incalificables.- Inexactitudes de los escritores Errázuriz, Barros Arana y Vicuña Mackenna.- El coronel Arteaga buscando la muerte.- Falsas informaciones.....	24
CAPÍTULO IV.- Reparición del enemigo.- Confusión de nuestras tropas.- Se prohíbe al mayor Wood ejecutar una nueva carga.- Pérdida de la batalla por esta causa.- Las granadas de la artillería Krupp- El coronel Arteaga se pone primeramente en salvo.- La retirada.....	35
CAPÍTULO V.-Acuerdo de los jefes comprometidos para falsear los hechos.- Carta-interrogatorio del comandante Wood al coronel Arteaga.- La investigación.- Wood nombrado jefe de los “Cazadores del Desierto”.- Pérdida del espediente indagatorio.- Persecuciones al comandante Wood.- Postergación y olvido de este jefe.....	43